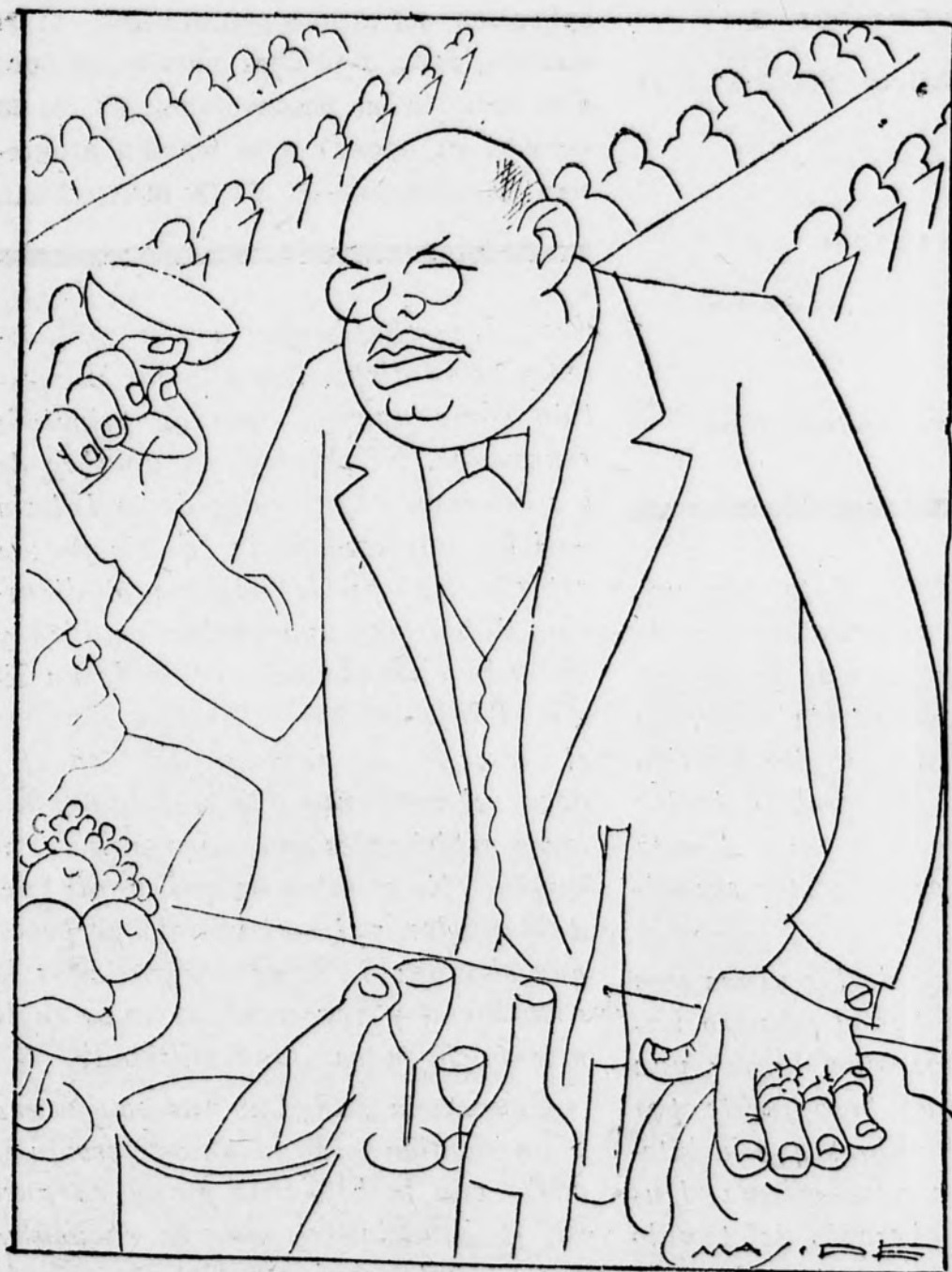


NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



BANQUETE AL FILÁNTRORO

**Señores: cinco minutos de silencio a beneficio
de los obreros sin trabajo.**

La Constitución de la República

Tarea difícil la que se les encomienda a los futuros diputados de la República. Hacer una Constitución que coloque a España en la línea de las naciones modernas y atienda al carácter original de nuestro pueblo, no es obra sencilla, si se tiene en cuenta que la República ha pecado de timidez revolucionaria. Es preciso prevenir al país contra el peligro de una Constitución conservadora, a la que parecen inclinarse algunos de los elementos representados en el Gobierno provisional. Sería una enorme equivocación de estas gentes dar a la nación una ley fundamental retrasada y reaccionaria, contra la cual se levantarían las masas ansiosas de justicia. La derecha republicana, por ejemplo, y aun algunos de los que se llaman republicanos de izquierda, cree que la República se ha hecho para clases conservadoras. Enorme error contra el cual es preciso prevenir a la opinión en el momento de las elecciones. Si no se reconocen los derechos que las nuevas corrientes de justicia social conceden a las fuerzas trabajadoras, ellas los impondrán por la violencia.

Se asegura que la ponencia constitucional que el Gobierno ha ordenado confeccionar es una ponencia reaccionaria. Por lo menos, la mayoría de los que la redactan tienen una significación derechista. Si esto es así, no se debe esperar a que la Asamblea Constituyente rechace esa ponencia; el Gobierno debe hacerlo antes y negarse a llevarla a las Cortes con carácter ministerial. Para hacer una Constitución no basta la técnica jurídica; es preciso tener una sensibilidad despierta ante los problemas fundamentales de España, situándolos en el área de los movimientos políticos de nuestro tiempo.

EDITORIALES

SELECCIÓN
DE CANDIDATOS

Hecha ya la convocatoria para las elecciones de las Cortes Constituyentes, nos hallamos en el momento en que es necesario pensar, no sólo en la cantidad, sino en la calidad de las personas que han de elegirse. El próximo Parlamento va a tener una importancia decisiva. Si las organizaciones de los partidos no establecen una selección rigurosa en la designación de candidatos, nos exponemos a que

En todos los países, en todas las épocas, los grandes han perseguido implacablemente a los amigos del pueblo, y si, no sé por qué combinación de la fortuna, se ha elevado alguno en su seno, a ese sobre todo es al que han herido, ansiosos de inspirar terror con la elección de la víctima.—MIRABEAU.

vayan a las Cortes personas que no se hallen a la altura de la misión trascendental que tienen que cumplir.

En este sentido, y para que exista el necesario control de los elementos directivos de cada partido, sería muy beneficioso que las propuestas de candidatos fuesen rectificadas por aquellos y que, sin perjuicio de la conformidad por parte de los núcleos locales, se hiciese la designación con riguroso criterio seleccionista.

Ya sabemos las dificultades que esto presenta. Hay individuos que han trabajado mucho y bien en el seno de los partidos locales que gozan de prestigio indiscutible por su habilidad y entusiasmo, pero que evidentemente carecen de la formación intelectual y cultural indispensable para actuar en el Parlamento y mucho menos en un Parlamento de excepcional importancia como el que va a reunirse. ¿Han pensado en esto el Gobierno? ¿Han pensado en esto los hombres de izquierda, las masas de los partidos?

Nuestro aviso no tiende, como es natural, a propugnar maniobras contrarias al espíritu democrático. La voluntad salida de las urnas debe respe-

NUEVA
ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA

JOAQUIN ARDERIUS

JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS, 41

M A D R I D

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEOI

SUSCRIPCION:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

larse inexorablemente. Pero esa voluntad puede y debe encauzarse con la reflexión fría «a priori» de lo que se va a votar. La República no es la conveniencia de cada grupito político en particular, sino el servicio de los intereses generales del país. A esta elevada finalidad es menester sacrificarlo todo.

El hecho de sacar de las urnas una mayoría cuantiosa por el número importa mucho menos que lograr una mayoría más exigua pero fuerte por la calidad de los hombres que la integren. «La democracia—afirma Duquet—implica la soberanía del pueblo sin restricciones, pero esta soberanía no puede realizarse sino mediante un régimen de representaciones sucesivas en las que prospere la selección de los más capacitados.» Si no se tiene muy en cuenta esta observación, nuestra República española podría fracasar en sus primeros pasos.

Ayuntamiento de Madrid

ES INDISPENSABLE
EL DIVORCIO

No hace mucho, el ministro de la Gobernación, con la ligereza que le caracteriza, ha dicho refiriéndose al divorcio: «De eso, ni hablar.» El presidente del Gobierno provisional ha repetido después como una consigna: «¿El divorcio? Nada de eso.»

Pues bien, nosotros le decimos a los señores Maura y Alcalá Zamora que el problema del divorcio—que no es problema—ha de acometerlo la República inmediatamente. Y que si ellos tienen el concepto católico, hipócrita y farisaico de la moral conserva-

Por el pensamiento vive el hombre, por el pensamiento se desarrollan a la vez él y su raza. Un pensamiento precede a cada acto de su voluntad; y el trabajo, aun el más material, no es sino la aplicación del mismo pensamiento. Si os oponéis, pues, a su libre emisión, os oponéis también al desenvolvimiento de la especie, os oponéis a la marcha progresiva del trabajo.—F. PI Y MARCALL.

dora, los republicanos no lo comparten y están dispuestos a llevar la cuestión como una cuestión de principio renovador. Ni siquiera en nombre de los intereses espirituales de la Iglesia—si los intereses de la Iglesia fuesen espirituales—puede negarse el divorcio. Bélgica es una nación católica y lo ha implantado hace cerca de un siglo. Todos los países libres reconocen el derecho de ruptura del vínculo, desde el momento que se rompan los lazos espirituales que unen a los cónyuges. ¿En nombre de qué moral puede defenderse el matrimonio perpetuo que siembra de hijos desgraciados la vida social y hace vivir al amor en la más bochornosa clandestinidad?

Cuando la sociedad humana llegue a un mediano grado de perfección y acabe con la hipócrita moral burguesa, la situación en que se encuentra hoy el matrimonio en España se considerará como un atentado contra la libertad y la vida. En nombre de la claridad de nuestros actos y de la perfección de las relaciones sociales hay que defender el divorcio, principio de la emancipación de los sentimientos amorosos.

IN A N I C I O N

por JULIO SENADOR GÓMEZ

Sigamos recogiendo enseñanzas de América.

Dime lo que comes, te diré quién eres.

Probado queda que, como decía Aquiles Loria, toda la fuerza del trabajador proviene de la tierra libre. Donde, para siempre, acabó la tierra libre acabó, para siempre también, la influencia política de las muchedumbres y la posibilidad de organizaciones democráticas.

Si toda la superficie utilizable del planeta no hubiera ya quedado reducida a propiedad particular, para impedir el retorno de los trabajadores a la tierra, el capital más formidable sería incapaz de hacer humillar la cerviz al obrero más débil y más desvalido.

En la organización contraria, que niega a la inmensa mayoría el derecho a hollar de balde la corteza terrestre, es preciso doblar, no sólo la cerviz, sino todo el espinazo para adquirir con qué pagar a los propietarios territoriales el permiso de habitar este mezquino esferoide que hasta de balde sería caro por estar construido en condiciones higiénicas tan francamente detestables que todos los que viven en él... ¡acaban por morirse!

Sobre la tierra libre los hombres lucharían unidos fraternalmente contra las fuerzas hostiles de la Naturaleza para ampliar y ennoblecer la vida humana.

Sobre la tierra esclava no pueden luchar más que entre sí por un salario como buitres que se disputaran las piltrafas de un cadáver.

En este último caso, y a pesar de todas las predicaciones, y aun deseos de solidaridad, imponen las fatalidades económicas un duelo a muerte, no entre los desposeídos y los desposeedores por la conquista del dominio, sino entre unos y otros proletarios, por la conquista de un mísero jornal.

Los obreros ocupados acaban por unirse para cortar el paso al que busca ocupación. Así, bajo alharacas de civilización, retrocedemos a los tiempos del despotismo medieval en que el trabajo no era un derecho natural, sino un privilegio del más fuerte.

En los Estados Unidos acontece, a lo mejor, que un grupo de trabajadores se declara en huelga reclamando aumentos de salario. La Agencia Pinkerton, subvencionada por los empresarios, envía entonces una taifa de bandidos, militarmente organizados,

que, a tiro limpio, acaba con la huelga en diez minutos.

Si entre tanto aparece por el lado del Pacífico un nuevo enjambre de chinos que, huyendo de la atroz miseria de su tierra, viene a buscar trabajo por lo que se quiera darles, cunde en seguida el pánico y estalla una sublevación. ¡Fuera los amarillos! ¡Con ellos es imposible toda competencia! ¡Destruirían al obrero blanco! ¡El territorio yanqui no pertenece a la humanidad! ¡Nosotros nos meteremos donde nos dé la gana, pero aquí que no entre nadie! ¡América, para los americanos... del Norte!

Y América del Norte, pobrada, roturada, organizada y enriquecida por la emigración, declara que considerará enemigo peligroso a todo el que acuda con ánimo de trabajar para seguir engrandeciéndola, y que en lo sucesivo negará la entrada al emigrante.

Uno de sus imperialistas más cínicos, el famoso Mahan, declaraba que la mano de obra china y japonesa es un peligro para el mundo, por la sobriedad de la raza y la sordidez de sus jornaes, y que «hay que rechazarla a tiros». ¡Como los Pinkerton a los otros!

De manera que allí se dan o se prometen tiros al que pide más jornal y tiros al que pide menos. Pues ¡sí que es un sistemita!



La actriz Tsouloukidzé en «Lamara».
(Teatro Nacional de Georgia).

La lucha del obrero americano contra el amarillo ha recibido el nombre de «lucha de la carne contra el arroz». Alardean ellos de pueblo carnívoro y desprecian al herbívoro; sin que, desgraciadamente, les falte cierto viso de razón porque, en efecto, será una desdicha, pero es también una verdad que el número uno de cualquier cosa nunca ha correspondido al que sólo se alimenta de patatas.

Allí cierto es que se produce mucha carne; pero una parte, más considerable cada día, va a la exportación. Podría ocurrir pronto con la vaca como con el cerdo, que, desde la época de Guillermo el Conquistador, tiene en inglés dos nombres: *swine*, para el sajón avasallado que sólo le conocía en vivo, y *porc*, para el normando vencedor, que no conocía al cerdo en vivo, pero se le comía muerto.

La depresión económica va convirtiendo en herbívoros a los que alardeaban de carnívoros. Ya no se atreven a luchar por que el salario suba. Ya sólo aspiran a evitar que baje. Sin embargo seguirá bajando: a pesar de todas las vaciedades que han venido contándonos los investigadores europeos enviados allá recientemente para averiguar el secreto de los salarios altos.

Aun sin necesidad de inmigración la población aumenta en todas partes por espontáneo crecimiento. Donde no aumente al mismo tiempo el consumo de carne es simplemente porque no hay con qué comprarla; o, en otros términos, porque el aumento natural de brazos excluidos del uso de la tierra libre tiende a rebajar el valor del trabajo, como acontece a cualquier otra mercancía si la oferta supera a la demanda.

Indignación produce recordar que hoy el trabajo tiene que venderse como cualquier otra mercancía; pero sólo ese carácter le ha quedado desde que, en nombre de la libertad, se suprimió la tierra libre.

Importa al ciudadano de todos los países estudiar la estadística del consumo de carne. Supongamos que no aumenta. Mal presagio. Eso significa que bajan los salarios. Cuando bajan los salarios es que han bajado las ganancias de la Empresa. Cuando bajan las ganancias de la Empresa es que faltan compradores. Cuando faltan compradores es que carecen de empleo las energías nacionales, porque—repetamos la frase de Montesquieu—el

hombre no es pobre por no tener sino por no poder trabajar.

El empobrecimiento se manifiesta entonces como envilecimiento en las peores formas de abyección individual, política y social.

La verdadera escala barométrica del vigor nacional no es la cotización de

los fondos en la Bolsa, sino la cotización de los víveres.

Ni cien millones de indios obedecerían a setenta mil ingleses, ni pueblos enteros obedecerían a un puñado de oligarcas si pudieran alimentarse como ellos.

bernador militar, por entonces señor Caminero, nos dijo que se nos haría justicia inmediata, nombrándose un juez al efecto, y con urgencia. ¡Urgencia! A los ocho días fuimos requeridos a prestar declaración, y no habiendo materia delictiva para poder nos incoar proceso, ¿por qué seguimos en la cárcel? Esta pregunta no tiene más que una respuesta: ser comunistas.

Reiteradas veces hemos preguntado por orden de quién estamos detenidos. Por orden del juez militar, no lo creemos, puesto que no existiendo proceso no hay justificación para prolongar nuestra permanencia en la prisión. ¿Por orden del gobernador militar de la plaza? Si es así, ¿por qué se trasladó de una manera tan poco democrática como es sacar de la cárcel a los camaradas Bolívar, Rodríguez, Ochoa y al simpatizante Díaz—en dos

UNA CARTA

Málaga (Cárcel Provincial), 31 de mayo de 1931.

Señores directores de NUEVA ESPAÑA.

Madrid.

Muy señores míos: Les agradeceríamos dieran cabida en el periódico de su digna dirección a las líneas siguientes.

Muy agradecidos quedamos de ustedes. Por los firmantes de este escrito, Juan Portales.

Para el director general de Seguridad: Los abajo firmantes, presos político-sociales de Málaga, afirman de una manera rotunda, y sin dejar lugar a dudas, la persecución de que somos objeto los comunistas, así como

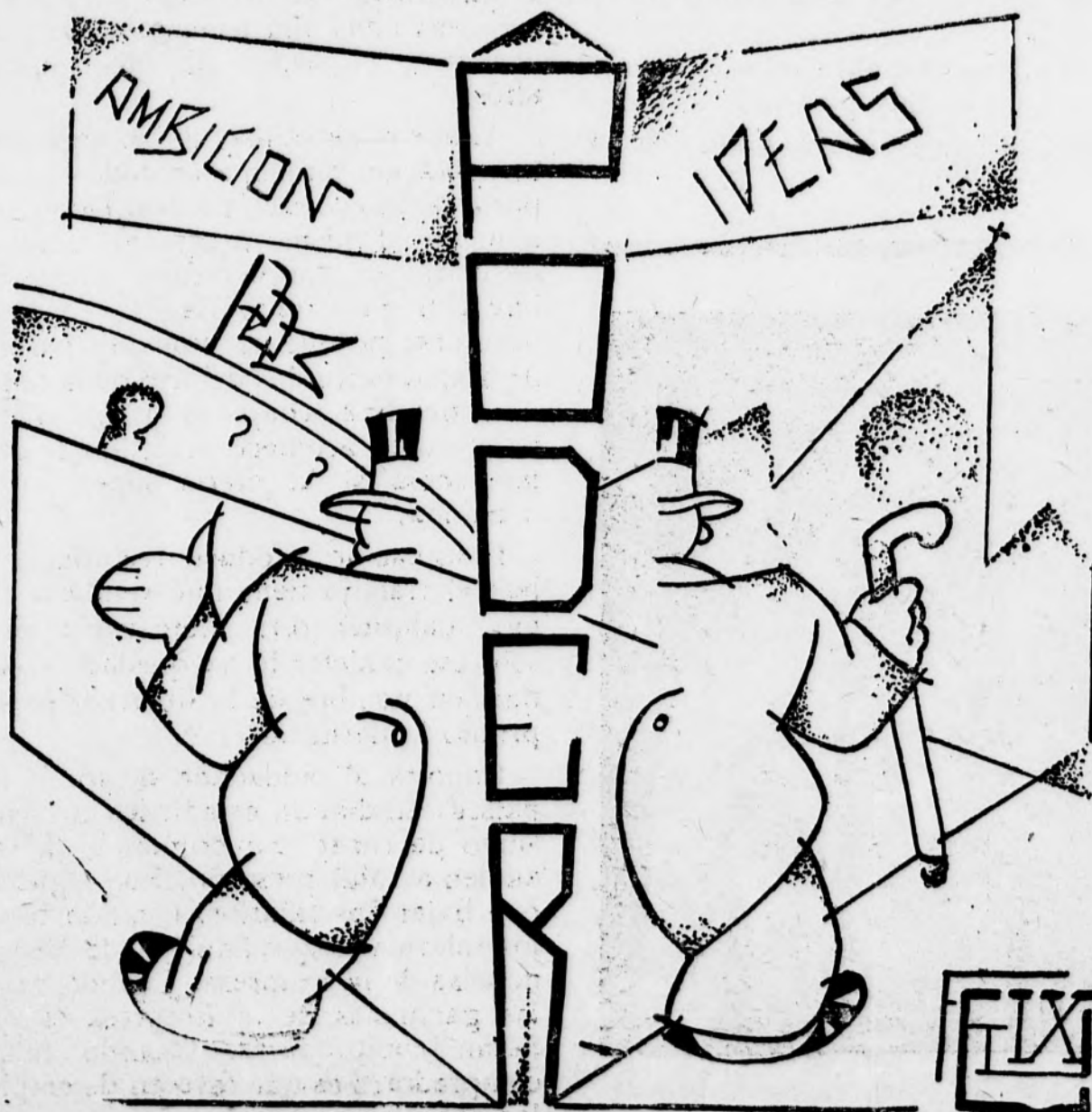
también los militantes de la C. N. T., por parte de los agentes de la autoridad, ayudados eficazmente por esa nueva guardia cívica, que, como los fenecidos somatenistas, son los más encarnizados perseguidores de estas ideologías.

Para demostrar nuestras injustas y arbitrarias detenciones, pedimos sean sacadas a la luz pública nuestras declaraciones ante el juez especial, teniendo coronel señor Aguilera, de cuyo señor tenemos la completa seguridad que sabrá apreciar lo injusto de nuestro encarcelamiento.

Sabemos, claro está, que fuimos detenidos obedeciendo órdenes superiores. ¿De quién? No nos interesa. Sólo podemos decir que privados de libertad llevamos algunos más de veinte días; que el excelentísimo señor go-

Un sujeto adulado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador como si es encargado de un taller, está expuesto a ser en todas las ocasiones engañado y, por consecuencia, condenado a no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas.—RECLUS.

EN EL SOLAR HISPANO...



La política tiene dos caminos. (Dib. de Félix).

Ayuntamiento de Madrid

veces—a las doce y media de la noche y con el pretexto de efectuar una diligencia judicial (manifestación hecha a dichos compañeros por el oficial de guardia de la prisión al levantarlos de la cama) y trasladarlos en coche militar, esposados y bajo la custodia de un oficial, un sargento y un número del «benemérito» Cuerpo, a la prisión de Sevilla, sin previo aviso y negándoles, tanto a ellos como a sus familiares, el punto de su nueva residencia?

Y siendo sus delitos—si el ser comunista la República lo considera punible—los mismos de los que aquí nos hemos quedado, estamos por creer que debemos encontrarnos los comunistas a disposición de los capitanes generales de cada región, y no de los Juzgados, como el señor director general de Seguridad hace creer.

Ahora sólo nos resta preguntar: ¿quién habrá aconsejado a la autoridad militar de esta región para obrar tan democráticamente?

Juan Portales, J. López Román, Rafael Moreno, Sebastián Cortés, Juan Olivares, Sixto Díaz, M. Jaleti, Lorenzo Martínez, Julio Sánchez, A. Fernández.

De la "Vida de Fermín Galán"

por JOAQUIN ARDERIUS y JOSE DIAZ FERNANDEZ

XXIII

Galán, ya con su plan concebido, estaba obsesionado con la nieve del Alto Aragón.

—¡Si comienzan las nieves!...— murmuraba constantemente—. Las nieves nos van a destrozar el movimiento. Este Comité de Madrid no se da cuenta de lo que significa para nuestra actuación la nieve. Ya se ve aumentar la nieve en las montañas.

Desde los cristales del balcón de su cuarto veía el Collarada. Este, sobre todas las cumbres del Pirineo, enseñaba la cadena de sus blancas cimas y aumentaba a diario su cargamento de nieve. Para Galán era un convoy de materia mortífera. Más que a un ejército, le temía él a la nieve. Contra ella no podría luchar.

Su pensamiento llegó a estar incrustado en una inmensidad nevada y sin confines. Desde su cuarto miraba el Collarada, con gesto indignado.

Casi todas las tardes se reunía con sus compañeros de conspiración, en una sala del hotel.

Solía decirles:

—Si está preparado todo, ¿por qué no acuerda el Comité que nos echemos a la calle? ¡La nieve, la nieve! ¡Ya veréis lo que nos va a hacer la nieve! ¡Va a ser preciso salir solos!

Una tarde, Mendoza le contestó:

—Tienes razón, Fermín; tienes razón. Es imposible esperar más. Yo estuve hablando hoy con un general de Artillería, que ha visitado Jaca, y me ha dicho que está dispuesto a actuar en seguida. Me ha declarado que va a sublevarse de un instante a otro en Zaragoza y que al primer aviso suyo vaya yo allí. Me ha dado un pasaporte para unas prácticas que se van a celebrar en Zuera. Tú debes venir también. Te lo presentaré y os podéis poner de acuerdo.

—No me gustan los generales... pero hay que aprovecharlo todo. Iremos a ver a ese general.

A los pocos días se celebraron las prácticas de Zuera. Galán asistió también a ellas con su regimiento.

El general, al ver llegar a Mendoza, le hizo montar en su coche y le preguntó con interés:

—¿Qué ambiente revolucionario hay en la guarnición de Jaca?

—Ya le dije que hay un capitán de Infantería que está dispuesto a sublevar a su regimiento cuando se quiera.

—Deseo conocerlo—manifestó el general.

Por la tarde, en el casino de Zaragoza, se reunieron a charlar y a tomar cerveza García Hernández, Ríos, Mendoza, Sánchez Ventura y Galán.

De pronto vieron aparecer en el salón al general.

Mendoza hizo la presentación de todos y cuando llegó al héroe dijo:

—Fermín Galán, el capitán de que le hablé a ustedes.

Con exageradas muestras de afecto, el general saludó a Galán:

—No me siento con ustedes porque me están esperando unos señores. He subido para tener el gusto de cruzar unas palabras con usted. Yo lo que necesito para lanzarme es una «cornetilla»—se refería al emblema de Infantería.

Galán contestó:

—Mi general, yo estoy a su disposición y saldré cuando usted quiera.

—Encantado, ya hablaremos.

Mendoza advirtió:

—Pero ha de ser pronto, mi general; porque ya hemos esperado bastante.

—Sí, hombre; sí. Ya lo haremos—manifestó el general.

—Pocos días estamos dispuestos a esperar—dijo Galán—. Hay muchas cosas que nos empujan a lanzarnos inmediatamente. Entre ellas, la nieve, la nieve. ¡Si dejamos que la nieve se apodere de las montañas, estamos perdidos!

—Por mucha impaciencia que tenga usted, más tengo yo. Hablaremos muy pronto y todo quedará resuelto—y el general le alargó la mano a Galán, despidiéndose.

Antes de regresar a Jaca, Galán convino con el capitán de Artillería Ríos una entrevista en Huesca, en cuya guarnición estaba éste destinado.

—Usted se hospedará en casa de Acín, ¿no?

—Sí; se enfada si no voy a su casa—contestó Galán.

Acín, que había hecho una fraterna amistad con el héroe, era el representante de los paisanos de Huesca, y estaba en contacto con el capitán Ríos.

Galán, al regreso de su viaje a Huesca, se encontró con Mendoza y le dijo filtrado de honda melancolía:

—Me maravillo cada vez que voy a casa de Acín. Son ideales él, su mujer y sus niños. ¡Su casa entera! ¡Acín ha encontrado la compañera! ¡Ha tenido suerte! ¡En cambio yo!... Cuando ya la tenía casi modelada por mi pensamiento, su padre me la quitó—su párpado singular dió una sa-

cudida como el ala quebrada de un ave.

—Es un problema este de la compañera, que tú te obstinas en no resolver. ¡Es tan rígida tu moral!

—¡No puedo cambiar! Mi vida es una bala que ya salió de su fusil. Cuando encuentre un obstáculo, me estrellaré. ¡Pero tengo la seguridad que habrá quien siga el camino que yo inicio!

El 7 de diciembre salió un «auto» de Madrid por la carretera de Aragón. Corría a lo largo de ella como devorándola. Cada vez aceleraba más su marcha; dijérase que su cólera aumentaba porque no daba fin a ella. Contrastaba el dinamismo del coche con la inmóvil serenidad de la carretera, que, blanca y sinuosa, no se acaba nunca.

¿A dónde corría aquel «auto» veloz?

Carros, caballerías, camiones circulaban por la carretera, pero a ninguno se le notaba aquella ansiedad por llegar.

Gritaba constantemente con su bocina.

Le estorbaba todo.

—¡Por fin!—dijo uno de los ocupantes al que conducía, dándole una palmada en una rodilla.

—Es necesario que en Zaragoza gastemos el menor tiempo posible—habló otro desde el interior.

—Sí. Hay que llegar cuanto antes a Jaca—indicó el que llevaba el volante, apartando con un bocinazo a un mendigo que renqueaba por el centro de la carretera.

El que iba al lado del conductor sacó pitillos.

Tres eran los viajeros.

El cielo presentaba una decoración arbitraria: sobre una estepa de turquesa unos peñones colosales, de todos los tonos del gris, se paseaban como burgueses por un bu'evard. De vez en cuando dejaban caer algunas gotas de agua.

Cruzaron tres aeroplanos haciéndole trepidar al cielo, semejantes a tres águilas de hierro que tuviesen sus nidos en los grandes nubarrones grises.

Frío.

El viento enguantado de hielo daba bofetones bárbaros.

El automóvil corría sin poder tragarse la dura superficie.

Algunas veces asomaba el sol. Débil, afeitados sus rayos y apagado su fuego. Como un pedazo de espejo tirado en mitad del infinito para recoger una imagen.

Los tres hombres iban silenciosos y reflexivos, fumando.

—Ya, por nada nos harían retroceder—dijo de súbito el que ocupaba el asiento de la espalda.

—¡Je, je, je!—sonrió irónico el del volante.

—Con ellos o sin ellos. Si es necesario solos, solos. ¡Con Galán hay bastante!—declaró el de adentro.

—¡Ah!, claro—exclamó en tono severo el del volante—. Nosotros no estamos dispuestos a dilatar la cosa; pero, aunque lo estuviésemos, a Galán ya no hay quien lo sujete; se subleva sea como sea.

—¡Y hace bien!—afirmó el que iba al lado.

La conversación siguió coreada por bocinazos nerviosos.

Muchos montes quedaban a la espalda, pero de frente aún se veían más.

Los postes de telégrafos y teléfonos, con sus cables infinitos, resaltaban en los bordes de la carretera y en las panzas de los montes, como agujas gigantes enhebradas con hilos de acero y clavadas en ovillos de tierra.

—Aquello debe ser Zaragoza—advirtió el del volante.

—Sí; mirad el Pilar—invitó el de la espalda.

—Para lo que acostumbra, hoy en

Zaragoza no hay mucho viento—dijo el de al lado del volante.

—Pero el frío es enorme.

—¡Y viento! ¡Menudo!

—Sí. Pero vosotros no sabéis lo que es hacer viento en Zaragoza.

Entró el «auto» en la urbe.

El Ebro.

Rodó el coche por el puente.

El agua estaba turbia, del color de la levadura del pan.

Llegaron al garaje a dejar el coche.

—Vamos a buscar a esos—dijo el que había ido al lado del conductor, que gastaba gruesas gafas de concha.

—Al Casino. Allí nos encontraremos con alguien—habló el del volante, que, a pesar de ser joven, su cabeza era de plata.

—¡Veremos a estos militares!—exclamó el tercero de ellos, que era alto, delgado y pálido.

Los tres se dirigieron al Casino.

Al día siguiente, el mismo «auto» corría hacia Jaca.

—La promesa ha sido algo ambigua...—dijo el del pelo blanco.

—¡Y gracias que hemos podido recabar de ellos que se comprometan a sumarse al movimiento «en la medida de sus fuerzas»—exclamó el muchacho delgado y pálido.

—«En la medida de sus fuerzas!»—repitió el de las gafas.

—De estos militares no se puede esperar otra cosa—declaró el del pelo blanco.

—¡Claro!

—Con que no disparasen contra nosotros, ya nos podríamos dar por contentos—dijo el de las gafas.

—No me fío de ellos nada.

—Donde no hay ideal... ¡Bah!

—Parece mentira que de entre esa gente haya salido Galán.

—Es increíble.

—Hombre... ¿y Salinas?

—¡Salinas es formidable!

—Sí; hay algunos que acumulan las virtudes que a otros les faltan.

—Pero pocos.

—Hay unos cuantos. Todos esos chicos que tiene Galán comprometidos son extraordinarios.

—Y Franco.

—¡Hombre, no olvidar a Aiza!

—Sí, sí: hay alguno.

—Pero muy pocos.

—Quizá no lleguen a diez.

Cruzaron Huesca.

Cillas.

El Santuario lo vieron a la izquierda.

El paisaje se rizaba cada vez más de montañas.

Ayerbe.

Riglos.

Los colosales «mallos» descollaban en el paisaje como titanes que se hubiesen tirado del cielo. Con las cabezas clavadas en la tierra, verticales,



Litvinoff, el comisario de Negocios Extranjeros de los Soviets, que se ha entrevistado con Lerroux, en Ginebra, y de cuya entrevista parece haber salido el mutuo reconocimiento «de jure» entre Rusia y España.

(Caricatura de Félix).

Ayuntamiento de Madrid

y los pies en alto, parecían atletas pirueteando.

Algunas águilas se cernían sobre el paisaje.

El Gállego.

Anzánigo.

Obscurecía.

Jaca. Sus luces se divisaban a través del aire semiazulado como monedas de oro debajo del agua.

Y José Rico, Ramón Pinillos y Cárdenas entraron en Jaca a ser soldados de la revolución que capitaneaba Fermín Galán.

Cuatro horas más tarde celebraban una reunión con el Comité revolucionario local.

Poco tuvieron que discutir. Estaban totalmente de acuerdo.

Galán, vestido de uniforme, se paseaba a lo largo de la estancia, risueño, rebosando alegría, cepillándose con la mano su rizada cabeza.

Los otros, sentados en butacas de mimbre, hacían pronósticos optimistas y fumaban ávidamente.

Galán no cesaba de pasear, silencioso y soñador, cepillándose la cabeza y devorando pitillos.

De vez en cuando se detenía, y sin mirar a sus camaradas, con la expresión perdida, exclamaba sonriendo:

—¡Ya veréis! ¡Cuando entremos en Lérida nos vamos a emborrachar de pueblo! ¡El entusiasmo de las muchedumbres tiranizadas hará innecesarios los fusiles! ¡Ya veréis! ¡Nos vamos a emborrachar de pueblo!

Chupaba el pitillo y continuaba sus nerviosos paseos.

De repente uno de los reunidos se levantó de su butaca y dirigiéndose al héroe le preguntó:

—¿Entonces...?

Galán no lo dejó terminar:

—¡Nada, nada! El día 12, a las cinco de la mañana. Respecto a este punto no hay nada más que hablar. Creo que todos estamos conformes.

—¡Naturalmente!—exclamaron todos.

—El 12, a las cinco de la mañana, nos sublevamos—murmuró Galán.

—Es necesario que lo comuniquemos al Comité central—observó Cárdenas.

—Sí, pero en seguida. Conviene no darles pretexto para otro nuevo aplazamiento—dijo Sediles.

—¡Ah, es que nosotros no lo aplazamos más!—dijeron los militares—. ¡Si quieres esta misma madrugada nos echamos a la calle! ¡Cuando tú digas y como ordenes, Fermín!

—¡Oh, y nosotros!—exclamaron los llegados de Madrid—. Nosotros hemos venido aquí decididos a hacer con ustedes la revolución. ¿Es que nosotros, si el Comité central habla de aplazar el movimiento bajo cualquier pretexto, nos vamos a volver al Ateneo, con los brazos cruzados?

¡Ca, hombre!

—¡Bravo, bravo!—exclamó Galán entusiasmado, repartiendo palmaditas en la espalda.

—¡Ca, hombre!—seguían diciendo los de Madrid—. ¡Nosotros hemos venido a morir en una montaña de éstas o a entrar en el Ateneo con la República! ¡Y no volvemos allí como no sea con la República!

Todos se abrazaron emocionadamente.

Uno de ellos dijo:

—Si el Comité central, por cualquier circunstancia que viésemos razonable, nos pidiese que en lugar del 12 fuese el 13 o el 14, ¿qué haríamos?

El héroe movió la cabeza.

—No se inquiete usted, Galán. ¿Usted tiene confianza en nosotros?

—Absoluta.

—Bueno, pues nosotros le decimos a ustedes que si viésemos que el Comité central nos pedía que esperásemos un día o dos, creemos que deberíamos esperar. ¡Lo más dos! ¡Ahora, que si usted dice que a la calle, a la calle!

—Miren ustedes — dijo Galán—.

Hace cerca de siete años que quiero sublevarme. Por estos Comités revolucionarios que se están formando constantemente no he podido hacerlo aún. ¡Ya estoy hartos! Son ya cerca de siete años, día tras día. ¡Y cuidado que hemos desaprovechado ocasiones magníficas! Sin contar aquella, que nunca se me olvidará, a los dos días de abortar el movimiento de San Juan. ¡Y en San Francisco! ¡Y en Montjuich! Y todavía estamos así.

—Tiene usted razón.

—Urge comunicarle al Comité que la sublevación será el 12 a las cinco de la mañana—afirmó Galán.

—En caso de que tuvieran que darnos alguna orden, que la den por medio de algún emisario. Que no haremos caso de ningún aviso postal, ni telegráfico, ni telefónico.

Cuando llegó el momento de la despedida, todos se abrazaron. Galán iba diciéndoles a medida que los estrechaba:

—Hasta mañana, hasta mañana.

Tema para un madrigal patético

(LA CABELLERA DE VERÓNICA)

Con brillos tenebrosos que sólo ven los ciegos,
el heráldico sable de tus cabellos alza
en la ojiva lunada de tu frente sus lutos,
que mitigan el denso sinople de tus ojos.

Centurias genealógicas gastaron sus calibres
ahilando tus cabellos, con tal primor, que ya
su frágil delgadez requiere justas micras,
igual que el arabesco de estambres celulares.

En el humo labrado de tus cabellos hay
un naufragio de barcos fletados de Penumbras...
La hulla que dibuja su ojiva en tu frontal,
quema tus pensamientos con un ardor secreto.

Bajo tu occipital, la rosa de tu moño,
blando bulbo de flor con negruras de eclipse,
te da candor de res que muere por la nuca
en un derrumbe súbito de plomos que se caen...

El martirio tenaz que te infieren las ondas
de tus negros cabellos, trasciende a tus miradas
y te agobia tus sienes estibadas de hollín
por un espejo fiel que dobra tu belleza.

En una imperceptible ignición sin naranjas,
arde tu cabellera cual una cal umbría,
quemándote en sus hornos sublimes de basalto,
con un interminable tormento sin gemidos.

Barajas cabalísticas anunciaron al Mundo
la combustión secreta de tus cabellos. Fuelles
con aires de jardines avivan sus carbones,
soplándolos cruelmente para un arder sin fin.

El precinto de oro de tu silencio sella,
con su orgullo callado, tu martirio invisible
que te sube a los cielos difíciles y arpados
donde mana la sangre de un costado inocente...

V. DGO. R.

PARECERES

ARTE DE HOY

por TEÓFILO ORTEGA

Como Jesús no hablaba para los doctores, para los profundos y caudalosos pozos de ciencia, sino para el rebaño rumoroso que tiene por única guía, no la razón, no la claridad de la inteligencia, no un portentoso adiestramiento del espíritu, sino limpias aunque toscas inclinaciones del corazón, así no queremos elevar nuestra

El escritor público debe dejar a un lado toda consideración y no obedecer más que a la voz de su conciencia. Si no se siente fuerte para luchar, debe romper su pluma antes que escribir una sola palabra contra sus convicciones.

—Revolución y pasado se excluyen.—

PI Y MARGALL.

pluma en parlamento con lectores expertos, especializados. Nos dirigimos a la masa común alejada de las disciplinas del arte, con la cual, honradamente, no se puede utilizar otro léxico ni otro ritmo que aquellos empleados en la extensa y diaria comunicación.

Desde el final de la última guerra se ha observado, aun por los más indiferentes para todo aquello que rebasa el límite de sus personales intereses, que un contenido de ansias de renovación, de mejoramiento, de cambio, se ha introducido en los recipientes donde se guardan las principales fuerzas de acción espiritual, amenazando muchas de ellas a disolverse, a reducir su importancia y extinguirse. Así asistimos todos a un temblor de terremoto de lo social, de lo político, de lo religioso, incluso de lo artístico del mundo. Nadie sabe quién saldrá vencedor y quién vencido. Lo cierto es que el siglo XXI va en pos de un gesto, de un contenido, de una actitud muy distinta de las del XIX y XX.

Limitemos, por hoy, nuestra atención al panorama artístico.

Divagaremos y definiremos superficialmente lo que persigue, lo que es, lo que acaso será. Naturalmente que nuestros juicios tienen mucho de impresión personal, como forzosamente han de tener los de todos los humanos, por imparciales y objetivos que se estimen. El aliento en la exploración le recibo de mi creencia en que, aun personales, pueden ser significativos de un criterio extenso de mi generación, de los hombres nacidos al arte en una misma y reciente época.

Mi primera afirmación sea para unificar, no para dividir. Conversaremos

sobre Estética sin referirnos concretamente a la poesía, a la pintura, a la música. En todos los aspectos del mundo artístico descubrimos una misma huella, que es de la que vamos a escribir aquí.

Ante la poesía nueva, ante la nueva pintura, ante el arte nuevo en fin, el espectador no familiarizado con las modernas tendencias, reacciona violenta, incluso agresivamente con el mismo ademán desagradable que si hubiese masticado un racimo de uvas en agraz. Acaso haya razón en su irrazonable impulso al tener presente su apartamiento y, por otra parte, la iniciación, en nuestros días, del arte camino de panoramas nunca hollados. El buen burgués con esto del arte nuevo estrena unos zapatos con todas las incomodidades y riesgos del nuevo material.

Al salir de la gran guerra, el espíritu del hombre entregado a la creación artística ha intentado canalizar el arte en vías de pureza, de máxima fecundidad y definido límite. Primer conquista del hombre nuevo sobre el viejo arte: la poesía no ha de tener contacto con arte alguno distinto. Y así el conjunto de las demás artes. Esa música descriptiva; ese cuadro pintado por una inclinación patriótica; esa poesía en la que se arenga a sentimiento religioso, filosófico, ha terminado su vida para dejar nudo a la poesía que es sólo poesía, la música que es sólo música, la pintura sólo y exclusivamente pintura.

Rompiendo con lazos y fusiones nos encontramos con el arte mozo, el arte de bronceado pecho y libérrimo pensar. Desencadenado de influencias, alguien ha llegado a escribir el peligroso vocablo: «deshumanización». (Este vocablo que, precisamente, han coincidido dos grandes poetas en condenar: Jorge Guillén y Antonio Machado, salvando la responsabilidad de quien primero lo utilizó—José Ortega y Gasset—con un sentido diferente al que otros han pretendido darle.) No, no es precisamente la separación de lo humano lo que persigue el arte nuevo, mozo bravo, al separarse de connubios y mezclas. Quiere simple y limpiamente que la cosa responda al rótulo; sea poesía la poesía, pintura la pintura, música la música.

Y como el arte puro no se halla fuera en el ambiente, ni en la exacta reproducción de la belleza exterior, sino que se elabora con mieles y aromas de lo más íntimo del alma, resulta que en definitiva el arte es el eco que se produce en nuestro espíritu al golpe de los ajenos acontecimientos.

Por lo que el arte más interesa, no por lo que tiene de inspiración de fuera, sino de logro en la intimidad. Cuanto más potente y original el espíritu, más fuerte y característica será la respuesta a la exterior influencia, y menos tendrá de ella, de su particular sustancia.

Dijo y dijo muy bien José Ortega y Gasset que el artista usa de la realidad como el bailarín del tablado: para fijar la punta del pie. El arte no es, naturalmente, el tablado donde los miembros del bailarín rinden tributo a la necesidad de conservar el equilibrio, sino que precisamente el arte empieza allí donde el tablado termina, es decir, allí donde el artista, desasido de la realidad en lo posible, se entrega al ritmo de una danza, absoluta creación suya. Y el poeta comienza a realizar su obra de arte, cuando el motivo de inspiración desaparece bajo sus pies, y crea, nuevo aunque pequeño y efímero Dios, una obra de arte no copiada de la Naturaleza.

Y así el músico. He aquí a un compositor inteligente y moderno que nos brinda su más reciente obra. La titula como un pasaje del «Quijote» o se manifiesta producida por los penetrantes aromas y rica policromía que captan, o fátos y visión, las tierras del Sur de España. Un autor a la antigua usanza nos trasladaría, en el primer caso, algunas expresiones con ridícula aspiración de realidad auténtica, y en el segundo, con la misma inclinación, alguna composición escuchada en los mismos labios del pueblo. Pondrá sus conocimientos y la cantidad de sentimiento artístico que posea, al servicio exclusivo de adornar la realidad, de depurarla, pero conservándola, ¡eso

La Justicia está sometida a disputas; la fuerza es reconocedora y sin disputas. Así no pudo dársele fuerza a la Justicia, porque la Fuerza contradijo a la Justicia y declaró ser ella lo justo. Y no pudiendo lograrse que lo justo fuera fuerte, se ha hecho que lo fuerte sea justo.—PASCAL.

sí!, íntegramente sin la menor pérdida de su carácter populachero.

El poeta, el pintor, el músico nuevo proceden de distinta manera. En el caso del compositor—todas las artes, repetimos, tienen un punto de enlace—, el pasaje del «Quijote» o la contemplación de la risueña Andalucía, despertará en su alma de artista

emociones de gran fuerza. Llevado, dominado por ellas, sentirá cómo acuden a su cerebro, engendrados con maravillosa diligencia, armonías que se esfuerzan por unificarse, por permanecer. Acaso la obra que alumbran y despiertan en su alma, no llevará ni la más leve partícula o parecido a la obra productora. Pero el engendro es efectivo, real. Ha trasladado su emoción a la música, como el poeta puede hacerlo al poema, y el pintor al cuadro, sin fijarse más en lo exterior que... para fijar la punta del pie. Resulta de esta manera el arte, no el arreglo, el hermooseamiento de lo que en el exterior nos parece imperfecto, susceptible de embellecerlo, sino la auténtica exploración en nuestra alma dispuesto a trasladar no nuestras visiones, sino nuestras emociones. Así se llega a una realidad íntima independiente de la realidad exterior inspiradora. Y esta realidad es todo el arte de nuestros días y por eso, quienes tienen destreza aunque no intimidad, originalidad, son simple entrete-

nimiento de los rezagados. Y por eso la comprensión del arte nuevo se hace doblemente difícil, ante el primer inconveniente: traslado al arte de sus reacciones subjetivas, y el segundo y más fuerte obstáculo, que el lector las comprenda e interprete con la debida exactitud.

No es, en consecuencia, el arte nuevo satisfacción sensorial, sino verdadera elevación de espíritu. Crea el verdadero artista lo que fuera de él no existe y ha de esforzarse quien pretende poseer su obra, para que el contenido original no se disipe. Viene a resultar el arte nuevo la pura reacción del espíritu creador ante lo creado y a su vez ha de buscar el espectador, el lector, el oyente, que el ajeno traslado despierte finas emociones en su alma. Por lo que llegamos a sostener lo que también podíamos haber afirmado en el principio, lo que es alfa y omega de la cuestión. Que para gozar y comprender el arte nuevo, es necesario que en el individuo esté libremente desarrollada el alma.

mento primordial de la vida nacional; le supone el derecho a intervenir con su acción constructiva y crítica en los hondos problemas que el nuevo orden de cosas plantea ante la nación; es, en fin, su encumbramiento a la jerarquía que le corresponde, y que en vano le quisieron arrebatarse los tiranos, de que el pueblo, en un gesto de suprema energía, se ha sabido desprender.

Significa aún más la República: su

Se advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven originales ni se sostiene correspondencia que se refiera a sus escritos.

SIGNIFICACIÓN DE LA REPÚBLICA

por MARIANO VALCAYO DE SANTOS

¿Qué es la República? Esta es pregunta cuya respuesta ofrece muy pocas dificultades. Todos los ciudadanos tienen de ella un elevado concepto, cuya expresión, traducida al lenguaje, ofrece estrecha consonancia con la mayor o menor intelectualidad de cada uno. Nadie ignora que el gobierno del Pueblo, plasmado en sus representantes elegidos por el sufragio universal; que en el caso concreto de España es la nueva institución que ha sucedido a una Monarquía incapaz de sostener el peso de sus crímenes; en fin, que su implantación supone la realización del ideal por el que lucharon: el obrero encadenado, con tanta mayor tenacidad cuanto que la victoria equivalía a su reivindicación libertaria; el intelectual, vejado sólo por no consentir ver su pensamiento encadenado y su pluma puesta al servicio de la tiranía; el estudiante oprimido, que veía cómo era la Universidad víctima propicia a los manejos tiranizantes del despotismo y que rendirse en lucha heroica, poniendo en la contienda la fuerza de su empuje incontenible, pletórico de entusiasmo y juventud; todos unidos en apretado haz, sin distinción de clases ni matices, orientados a la conquista de la libertad, que pedían al clamor de un solo grito: la República.

Pero va que sabemos lo que es la República, hemos de saber lo que significa: para el obrero es campo abier-

to donde puede y debe luchar por hacer su revolución, la revolución del proletariado, la revolución social complemento de la revolución política, que le es necesaria para alcanzar las lógicas reivindicaciones que merece como primer factor constructivo de la organización moderna; para el intelectual significa el reconocimiento de su categoría moral, que antes le era negada por todos los medios, ya que es del dominio público el odio que el Borbón y sus secuaces profesaban a todo intelectual que no fuese de carácter reaccionario y que al comprobar la carencia absoluta de hombres de Letras de ese tipo, se recrudecía en términos insospechados; es para él fórmula adecuada para dedicarse libremente a su misión educativa espiritual; para el estudiante supone la confianza moral que le es precisa para reintegrarse a sus tareas escolares. Pierde en cambio las «vacaciones extraordinarias», pero esto, lejos de apenarle, es para él un motivo más de contento. Tal es la dignidad de nuestra masa universitaria, que llegó a congregarse en los domicilios de sus profesores para no interrumpir sus estudios y a solicitar autorización para acudir a la cárcel a recibir explicación de uno de sus más sabios catedráticos, hoy ministro; para el ciudadano, en el amplio sentido de la palabra, equivale la República al reconocimiento eficaz de su personalidad como ele-

trunfo, aparte de una lucha política de instituciones, es un episodio de otra lucha mucho más encarnizada y general: la entablada entre lo moderno y lo antiguo, lo tradicional y lo nuevo; de un lado, la libertad, la democracia, con sus hombres nuevos y sus sanas teorías modernas; de otro, las cadenas, el despotismo inquisitorial, con sus hombres restos de una generación irracional y sus normas producto de la podredumbre de su pobreza espiritual. Es para el primero punto básico en que radica su fuerza, la cultura de la Humanidad: por el contrario, la fuerza del segundo se establece en el atraso y la incultura; aliados inseparables de lo nuevo son la ciencia y el saber; de lo antiguo lo son la ignorancia y el fanatismo. De ahí sus esfuerzos por fomentar la incultura, por ellos desgraciadamente aún tan extendida, única razón que explica la subsistencia de algunas de sus más funestas resultantes, como son el caciquismo y la defectuosa organización social. Es por esto por lo que el triunfo de la República en España, producto de los afanes de una generación laboriosa, supone un rudo golpe para la causa de la tradición, que, convencida de la imposibilidad de alcanzar la victoria, sólo tiende en su titánica resistencia a retardar el triunfo de las nuevas generaciones, sin reparar que así da al mundo el espectáculo de su ruina presente, disfrazada con el esplendor de su poderío de antaño.

La implantación de la República es para el pueblo español un motivo de legítimo orgullo. El hecho y más aún la forma son acreedores a él; pero le ha colocado en el caso de contraer ante el mundo una gravísima responsabilidad histórica. Dueño absoluto de sus destinos, sólo a él serán imputables actos que antes sólo eran debidos a la torpeza cuando no a la mala fe de los usurpadores que detentaban el Poder.

DESDE BUENOS AIRES

La voz de los partidos populares

por LUIS ECHAVARRI

El Gobierno provisional de la República, por Decreto del 8 del corriente mayo, ha convocado a elecciones generales en todo el país, para el 8 de noviembre de este año. En dichas elecciones se designarán los Poderes Ejecutivo y Legislativo de cada provincia y los diputados y senadores del Congreso nacional. Y «si las fuerzas

Cuando el obrero ha ahorrado una pequeña economía, cuando él tiene asegurado su mañana, discute su salario, se defiende; pero cuando el hambre está en su casa, él no se defiende; se entrega.—
JEAN JAURES.

cívicas llegaran a una concordancia para la reconstrucción institucional y hubieran proclamado fórmulas para la Presidencia y Vicepresidencia de la República que significasen garantías de orden, de paz y de progreso», el Gobierno provisional se dignará extender la convocatoria a las elecciones presidenciales, para que se realicen al mismo tiempo que las otras.

Por otro Decreto de la misma fecha se aplaza en la provincia de Buenos Aires la reunión de la Legislatura y la del Colegio Electoral, «para que puedan realizarse simultáneamente en todos los estados».

De este modo, el Gobierno provisional pretende resolver por el momento la grave situación creada por el triunfo del radicalismo en las elecciones de la provincia de Buenos Aires. Ese triunfo estaba a punto de extenderse, de manera aún más definitiva, a las otras provincias que habían sido ya convocadas a elecciones y hubiera significado la reprobación popular, bien manifiesta, de la política seguida por el Gobierno provisional. Por eso fueron suprimidas inmediatamente esas elecciones. Y ahora se quiere salir al paso del clamoreo general convocando a elecciones en toda la República para una fecha tan lejana como el 8 de noviembre, y se aprovecha la ocasión para suspender la reunión del Colegio Electoral de Buenos Aires y no entregar la provincia, por ahora, a los radicales.

¿Cómo han respondido a estos Decretos los partidos políticos? Sus respuestas no pueden ser más rotundas, y reflejan exactamente la situación po-

lítica del país. Por eso juzgamos lo más acertado reproducirlas textualmente en sus partes más substanciales. Nuestra tarea será fácil, pero la más eficaz, sin duda, para que los lectores españoles tengan una impresión del momento por que pasa la política argentina.

El Consejo directivo del Partido Socialista Independiente, partido que tomó parte directa en la revolución del 6 de septiembre, publicó un manifiesto en el que dice:

«Las elecciones generales, insistentemente reclamadas por el Partido Socialista Independiente y otras agrupaciones políticas responsables, han sido dilatadas por seis meses. Término tan prolongado, sin precedentes en la historia política, no permite atribuir carácter decisivo al paso dado por fin, cuya importancia, sin embargo, el Partido Socialista Independiente reconoce, en la medida en que esa convocatoria responde al clamor de la opinión pública, que ha trascendido a pesar de las limitaciones impuestas a la Prensa y al derecho de reunión.

«ANTE la necesidad en que se encuentran los partidos de no aceptar, por ahora, ese Decreto, como una promesa que hace el Gobierno provisional de devolver al país la normalidad constitucional, que pertenece al pueblo en inalienable propiedad, cumplimos con el deber cívico de afirmar que las autoridades «de facto» deben extender esa convocatoria a las elecciones presidenciales. Afirmamos también que ella es necesaria sin subordinar su realización conjunta con las otras a condiciones que implican, en la generalidad de sus términos, además de la posibilidad del aplazamiento indefinido de la reconstrucción de todos los poderes legales, un derecho virtual de veto a las fórmulas de candidatos a Presidente y Vicepresidente de la República que se proclamen. La posibilidad de que tal hecho llegue a producirse perturba inevitablemente el desarrollo del proceso político, por cuanto ningún partido orgánico podría aceptar dignamente que sus determinaciones sobre candidaturas no sean el fruto libre y espontáneo de sus afiliados y de su anhelo de responder a las aspiraciones de la opinión pública.

Esta condición del Decreto es contradictoria con la afirmación del mismo según la cual el Gobierno provisional debe ser y será absolutamente prescindente en la preparación de las

soluciones electorales que den los partidos.

«La promesa de elecciones que significa el Decreto resulta debilitada por la suspensión del funcionamiento del Colegio electoral de la provincia de Buenos Aires y de la constitución de la Legislatura, que debían ser el término lógico de los comicios del 5 de abril, y por la aplicación más severa del estado de sitio. Diarios populares de la capital y del interior han sido cerrados y sus directores, redactores y obreros, detenidos. Nuestro diario oficial «Libertad» ha sido clausurado. Y la Policía ha notificado a los partidos que no pueden celebrar conferencias políticas hasta nueva orden, ni siquiera en los propios locales, que funcionan, como los nuestros, permanentemente... Para alcanzar los altos propósitos cívicos a que alude el Decreto, no cabe sino levantar el estado de sitio, innecesario ya para los fines de la revolución, y aun contrario a los mismos, por la atmósfera de incertidumbre, confusión y alarma que se forma a su amparo: suprimir la censura periodística, extemporánea si va a abrirse un período electoral, de excepcional trascendencia para el presente y futuro de la nación, y poner en libertad a los obreros, universitarios y políticos presos que no tengan proceso pendiente.»

El Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista, el llamado «viejo», o sea, el que tuvo a la cabeza a Justo, dió a la publicidad otro manifiesto, en el que se lee lo siguiente:

«Realizadas las elecciones en Buenos Aires el 5 de abril, después de

Invitamos a los pueblos a que nos formulen sus quejas, para comentarlas en justicia. Sólo la voluntad de defensa puede virilizar los pueblos, sólo la exposición implacable de sus vergüenzas puede dignificarlos.

un esfuerzo partidario lleno de dificultades y de riesgos por la gravitación, con toda su fuerza, de la ley marcial, y sorportando las restricciones impuestas por el estado de sitio, mantenido para asegurar al Gobierno la posibilidad de arrestar y trasladar o deportar a los ciudadanos; realizadas las elecciones, cerca de medio mi-

llón de argentinos depositaron su voto, comprobando el escrutinio que había sido derrotado el Partido Conservador, agrupación política que contó desde el día siguiente de la revolución con el apoyo ostensible del Gobierno, y que, con el asentimiento silencioso del presidente provisional, proclamó, antes de las elecciones, su candidatura para presidente por ley de la nación, ofreciéndole además el apoyo de que se suponía capaz para consumir la reforma electoral y la reforma de la Constitución en términos llenos de peligro para la libertad de los argentinos.

»El resultado de ese escrutinio trastornó evidentemente la política del Gobierno provisional porque, sin fundamentos aceptables, fueron aplazadas las elecciones en Santa Fe, Córdoba y Corrientes, sembrando el desconcierto y agitando la anarquía en el seno de los partidos mismos que habían sido los gestores inmediatos de estas elecciones. Y como si las palabras del presidente del Gobierno provisional, antes de la elección y en el instante de los escrutinios, no hubieran colmado su empeño por hacer oír su juicio, dicta ahora el Decreto aplazando, sin término, la formación de los Poderes constitucionales de la provincia de Buenos Aires. El Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista afirma ante el país que el hecho de privar al pueblo de la provincia, por un acto de fuerza, del derecho reconocido y ejercitado de elegir sus representantes, significa arrojar un sarcástico menosprecio sobre el sufragio universal, incorporado irrevocablemente a la personalidad civil de cada argentino.

»Privado el Partido Socialista, como otras entidades políticas, de exteriorizar con la plenitud civil que está en sus derechos, sus opiniones y juicios sobre la grave y compleja situación del país; abolida prácticamente la libertad de la tribuna y amenazada a diario con el rigor de la censura su Prensa partidaria, viendo día a día que sus militantes en el campo gremial, político o estudiantil son privados de libertad, sin ser acusados de delitos o faltas penados por la ley; debiendo vivir bajo la presión ya insosteniblemente prolongada del estado de sitio y de la llamada ley marcial, el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista se dirige al pueblo de la nación y particularmente a la clase trabajadora, para significarle que considera impostergable la restauración de la vida constitucional del país, y afirmar, profundamente convencido de interpretar el sentir de grandes masas del pueblo argentino, que sólo puede llegarse a estos resultados si el Gobierno provisional aleja de los espíritus toda sospecha de que-

rer prolongarse sin término en el ejercicio de una función que la revolución le confiara por motivos circunstanciales para breve plazo y se despoja de la posición que parece arrogarse, de árbitro de la vida orgánica de los partidos y de la legitimidad de las candidaturas que han de presentarse para las funciones públicas.»

Finalmente, los más perjudicados con los Decretos del Gobierno, los senadores, diputados y electores radicales de la provincia de Buenos Aires dieron a la publicidad un documento que dice así en sus puntos substanciales:

«1.º Que de acuerdo con la Constitución de la provincia, los legisladores y electores designados no necesitan para reunirse la convocación de ninguna autoridad extraña a su cuerpo.

2.º Que Decreto del Poder Ejecutivo Nacional «de facto» suspendiendo le reunión de ambas Cámaras y del Colegio electoral por la sola razón de la fuerza es un grave atentado a preceptos fundamentales de la Cons-

titución y un avasallamiento insólito de la autonomía de la provincia.

3.º Que el pueblo de la provincia hizo fe en la palabra del jefe del Gobierno provisional, quien se comprometió solemnemente, en su condición de ciudadano argentino, de militar y de director de un movimiento que predica acatamiento a la ley y a los conceptos fundamentales de la ética política, a respetar el veredicto de las urnas; pero este Decreto que impide, por la presión de la fuerza, el funcionamiento del Cuerpo legislativo y el Colegio electoral, ya institucionalmente existentes, importa una rotunda rectificación de normas y principios que llena de inquietud la conciencia cívica argentina, generando excepticismo profundo ante la nueva convocatoria a elecciones generales.»

Hasta aquí, la voz de los tres partidos políticos de mayor popularidad en la Argentina. No creemos que el lector español necesite de más detalles para apreciar justamente la situación que atraviesa esta República.



El reaccionario Daudet, por Rim. (De «Monde»).

UN PROLOGO DE HENRI BARBUSSE (1)

Al empezar la presentación de esta bella antología, quiero ante todo manifestar, como una profesión de fe, mi amor por la Lengua española.

El fervor que sentí antiguamente por el latín por razón de su rica brevedad, su suprema simplicidad, la lógica ordenación de su magistral sintaxis que a muchos nos inducía a leer el latín voluptuosamente, yo le aplico sobre el español no menos que sobre el francés.

Tiene la flexibilidad, la delicada matización del francés y la limpidez de su coherencia; pero el español presenta, en lo que concierne a la forma, a la palabra, una pureza y una amplitud casi perfecta. Las palabras francesas están dificultadas materialmente con letras anacrónicas y superfluas. Las leyes de la pronunciación, erizadas de excepciones y de trampas—dan ganas de decir que parecen lazos para hacer caer al niño o al alumno—. Muchos atavismos de etimología subsisten pesadamente sobre la fisonomía actual de las palabras. Están sobrecargadas de parasitismos de historia y de gramática. Se escribe: «longtemps» para pronunciar «lontán»; u, hue, ent, ene, enes, se emiten parecidamente u, y mil ejemplos más. En la escritura española no hay una letra inútil y en su fonética ningún signo que no se pronuncie. Sigue la línea geométrica de las arquitecturas modernas, en las que el detalle que no sirve más que de ornamentación o de homenaje a la tra-

(1) Ofrecemos a nuestros lectores el prefacio que ha puesto Barbusse a la antología «Quince novelistas españoles modernos», que aparecerá en breve en francés, inglés y alemán.

dición se suprimen y los relieves que se dejan son tan necesarios como los que hallan en el disco de un fonógrafo.

La Lengua española ha llegado más pronto que las otras Lenguas europeas a su estado casi perfecto de madurez. En los siglos XVI y XVII, mientras que las demás Lenguas se estaban formando, brillaban en su cénit artístico las obras de Garcilaso, Herrera, Granada, Cervantes, Lope de Vega, y todos los espíritus cultos, especialmente en Francia, se envanecían de saber español.

Pero esta sólida belleza consagrada por el tiempo no deja de tener su peligro. Tiende a inmovilizarse. Cuando se trata de lo viviente no es posible hablar de perfección o de madurez que sean durables. La perfección envejece, salvo el caso de que esté muerta. La Lengua española presenta, a medida que pasa el tiempo, taras de estacionamiento. Su fijeza clásica deviene rígida. Adecuada al espíritu de un mundo secular, no se ajusta completamente a la vida contemporánea. Ya, su manejo exige tal maestría que se señala con el dedo a quien triunfa en ella plenamente.

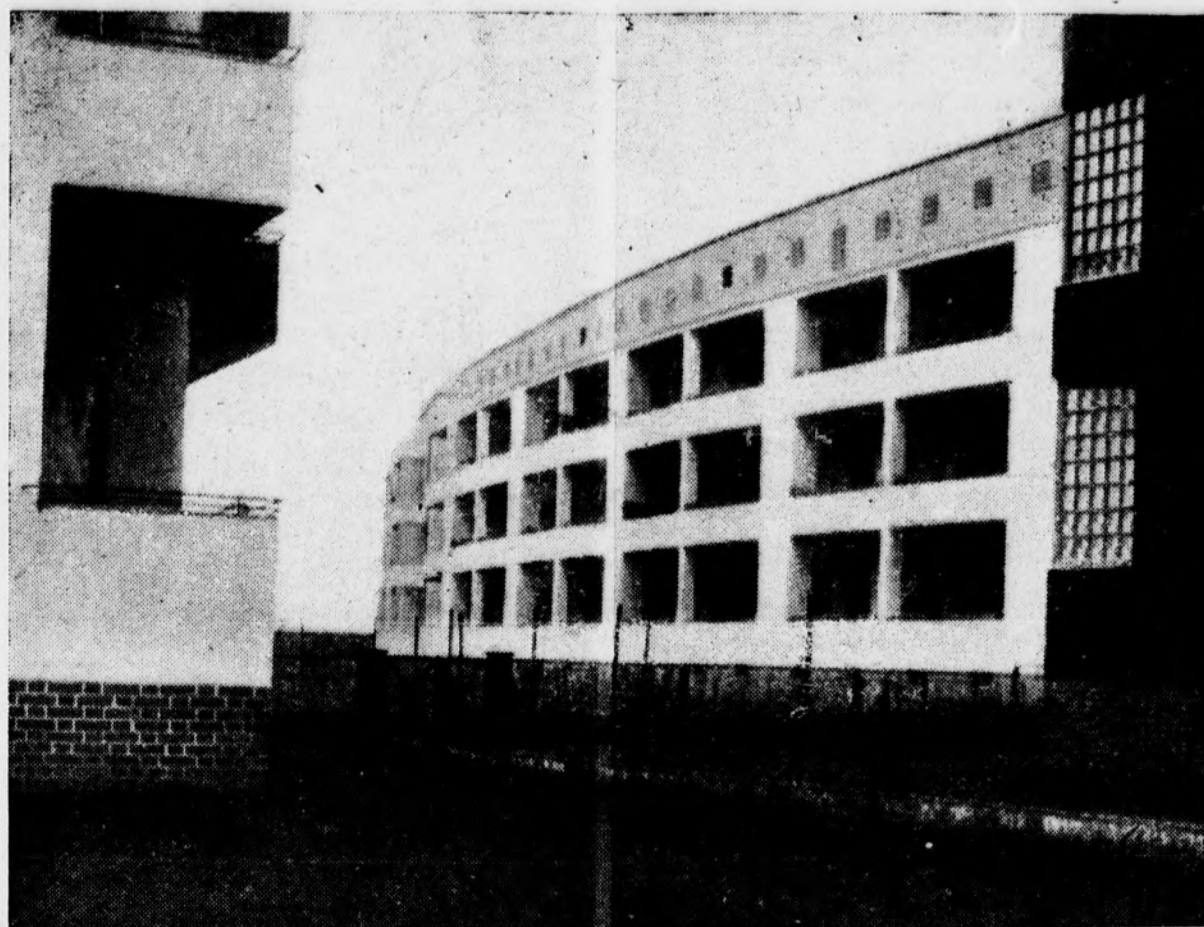
Tal es la razón de que el castellano no haya podido eliminar otros idiomas del suelo de la península: el gallego-portugués, el vasco y, sobre todo, el catalán, que aumenta progresivamente. Y es también un hecho que el español que se habla en América central y meridional resulta una Lengua más flexible y más viva, con la cual se manifiesta el castellano puro

en retroceso. Este puro castellano, protegido por la Academia Española, no debe quedar como un ídolo intangible, colocado fuera de la evolución de las cosas y de las gentes, lo cual supone crear una frontera nefasta entre la Lengua española literaria y la Lengua española hablada.

Es preciso insuflarla sangre nueva. Esta vieja expresión es justa. No hay más que una sola clase de sangre que vivifique siempre las obras orgánicas permanentes de los hombres, sean instituciones o lenguajes.

Es preciso entrar profundamente en los hechos. El hecho de una Lengua es su literatura, y la literatura es el arma y el instrumento de una civilización, o, para hablar más simplemente, de un estado de cosas. Una literatura nacional traduce las fases históricas de una nación. Para nosotros, gentes de hoy, es la literatura española de hoy la que nos interesa por encima de todo.

En pasados tiempos España fué una de las potencias más monumentales y opulentas de la tierra. La reconquista contra los árabes coincidió en su período final con el descubrimiento y conquista de América por la cristianidad española. Después, al correr de los siglos, esta hegemonía ha disminuido. Los Países Bajos, Italia y Portugal, sin hablar de Austria, se desmembraron del Imperio de Carlos V. El siglo XX produjo, como contra-



Casas para obreros.

golpe de la Revolución francesa y americana, la emancipación política de toda la América ibérica.

La burguesía, el tercer estado, la clase media entre los esclavos del trabajo manual y los grandes ociosos dorados o aureolados, se formó allí como en España misma. En el campo literario no encontramos obras que muestren los conflictos entre el rey y la burguesía fuera de «El Alcalde de Zalamea», de Calderón, y «Fuenteovejuna», de Lope de Vega, salvo un solo esfuerzo de expresión de esta lucha, enorme, es verdad: el «Quijote». Esta obra capital pone en ridículo al feudalismo español encarnándolo en los gestos fantásticos y en las aventuras absurdas del hidalgo cristiano, vagabundo y loco, al lado del labrador Sancho Panza y del bandolero Guinart. Pero ni el genio de Cervantes lleva la sátira a la burguesía, ni el ridículo la mató, y durante largos períodos históricos, como ha hecho notar J. Maurín, Don Quijote y Roque Guinart continuarán triunfando.

A la burguesía española le han faltado casi siempre verdaderos resortes. Esta formación intelectual-práctica sobre la cual ponemos esa etiqueta, queda sometida, deslumbrada y matizada por el resplandor de los blasones y de las cruces. El siglo XVIII español fué, desde este punto de vista, estéril. Benedetto Croce demuestra cómo la contribución de España al arte, al progreso y al pensamiento, fué, desde este momento, mínima, en el nuevo

aporte que se manifiesta universalmente.

Sólo en la pintura y alrededor de la gran figura de Goya, «este Voltaire de la pintura», se puede encontrar algunas señales valederas de la reacción burguesa contra las tradiciones y las instituciones legadas a España por Fernando el Católico. Hasta en sus retratos de los grandes aristócratas (como había hecho antaño el cruel y grandioso Velázquez), Goya mostró visiblemente la descomposición feudal del siglo XVIII.

Pero la literatura es otra cosa que la pintura. El arte de pintar es siempre a la vez más revolucionario y más limitado que el arte de escribir. Está limitado por su simplicidad técnica, mientras que la literatura tiene una complejidad universal que deja paso a toda clase de derivaciones y de posibilidades imponiéndole movimientos de conjunto más lentos y más vagos.

Después, algunos grandes sucesos han sacudido a la burguesía española y la han empujado, parcialmente, a manifestarse y a defenderse; la invasión napoleónica y, sobre todo, la pérdida del imperio colonial.

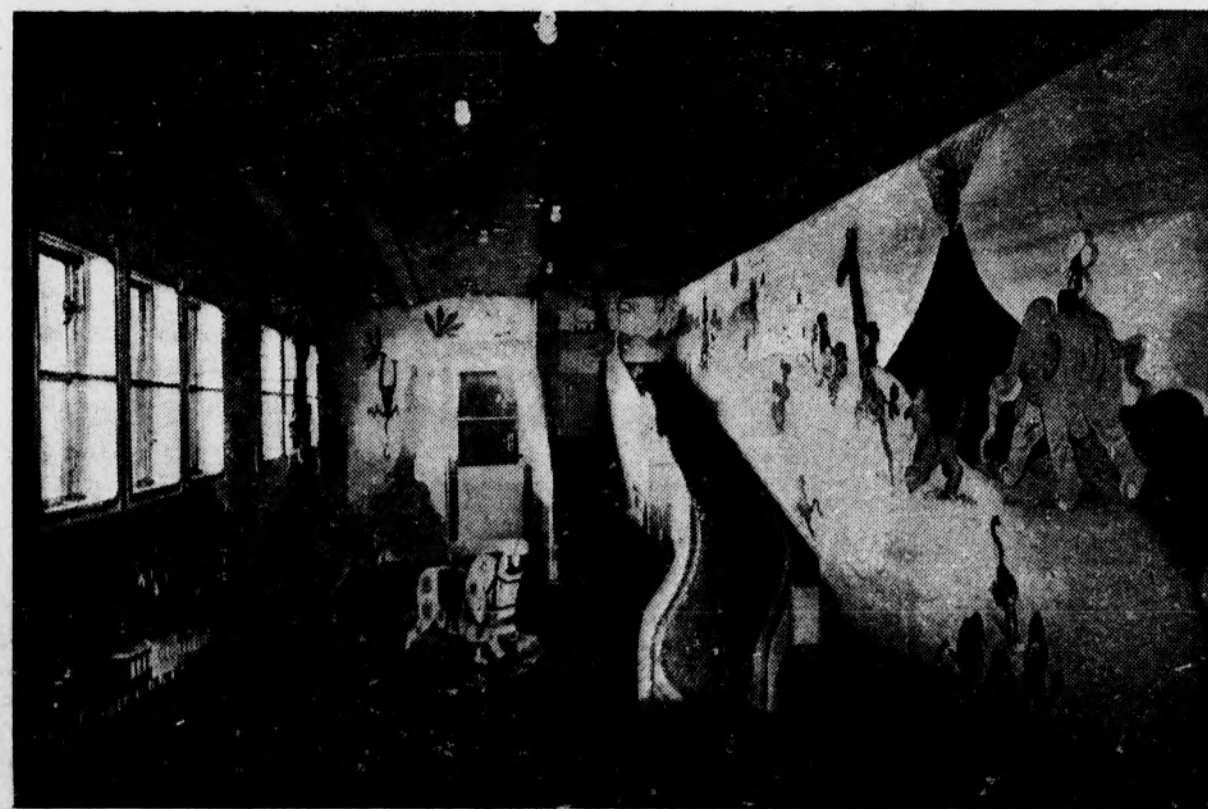
La pérdida de las colonias, cuya explotación constituía su riqueza, hundió a España en un profundo marasmo económico. España jamás supo o no pudo explotar los recursos de la península y, además, estaba de punta a punta aplastada por tradiciones terribles que venían a ser, con el aislamiento en el mapamundi, la única herencia de su espléndido pasado: la

monarquía de derecho divino, la nobleza y sus penachos, tanto más gloriosos cuanto más antiguos fuesen los grandes propietarios adscritos a sus latifundios; el clero y su caparazón territorial de iglesias y conventos, las castas militares y el hormiguero de funcionarios servidores del orden tradicional subsistían en este extremo de Europa.

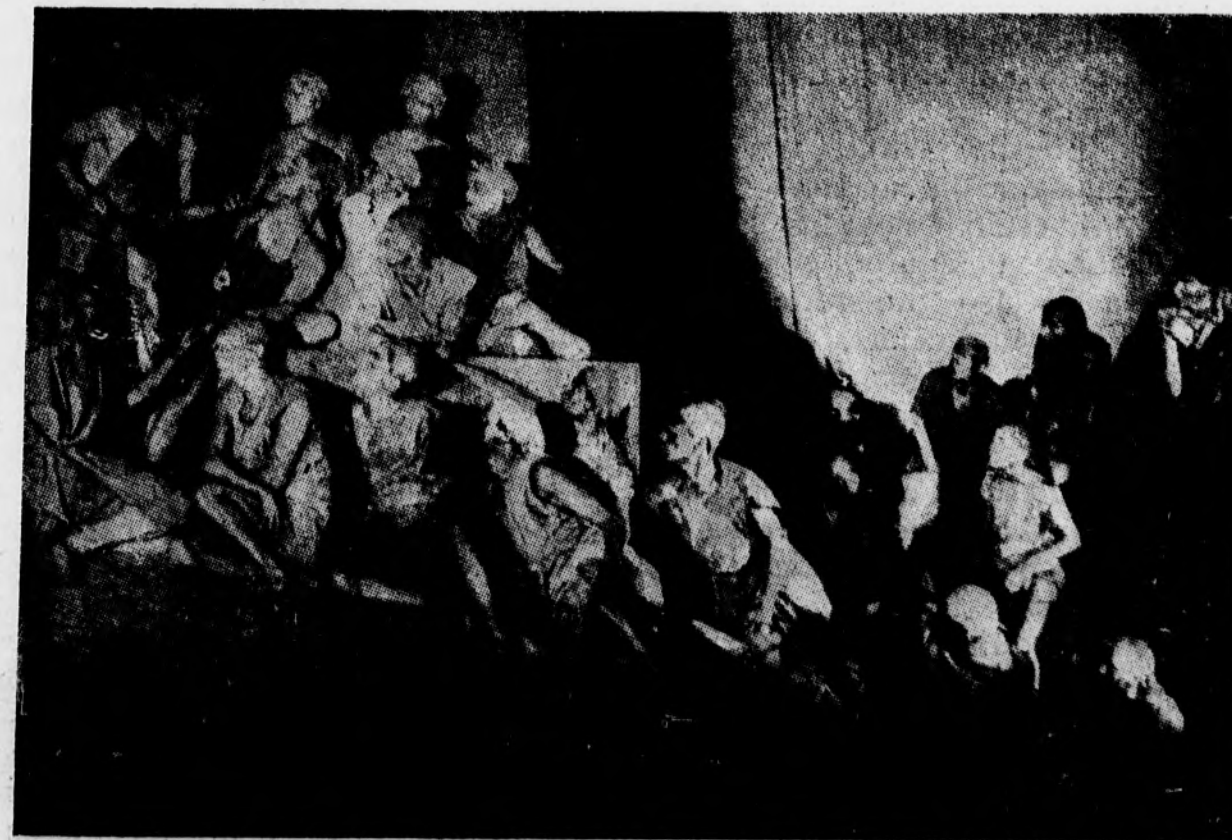
De buen o mal grado la lucha comenzó entre liberales y reaccionarios. La España de 1840 a 1868 deviene el teatro de insurrecciones, de trastornos, de pronunciamientos e incluso de la caída de la monarquía, hasta la contrarrevolución de 1874. La reacción se impone de nuevo en su viejo reino predilecto. Los grandes propietarios agrarios, la monarquía y el clero recobran el Poder. Es el período que se ha calificado de «años bobos».

La burguesía se manifiesta particularmente pasiva. Se muestra incapaz de organizar por su cuenta el país como la ha hecho en otras partes aprovechando las exigencias económicas y sociales de los tiempos. No acierta a liquidar el peso muerto de un pasado que la asfixia. J. G. Gorkin dice con justa severidad que ella fué entre las burguesías europeas una de las más viles. Pero, en realidad, lo que fué es reflexiva, pues porque temía por encima de todo a las masas populares. Tenía miedo a dar ocasión a éstas de subir en bloque desde sus bajos fondos. Así ha fluctuado inconstante entre el feudalismo y el proletariado.

(Continuará.)



La sala de juegos infantiles del buque alemán «Bremen».



Una composición escénica del moderno teatro ruso.

FLUJO (1)

Nada insólito ha sucedido, pero el acontecimiento está a punto de surgir, acaso desmesurado. De igual manera se acumulan insensiblemente pesados nubarrones sobre un paisaje apacible. Una ráfaga de viento los empujará en algunos instantes desde el horizonte azul hacia los huertos, los prados, los caminos tranquilos por donde van los niños hacia blancas casas de regreso de la escuela. Una sombra trágica se extenderá sobre este rincón de la tierra. Todo lo que vive sentirá la inminencia del huracán. La calma agobiante que precede a los primeros rugidos tenebrosos estará saturada ya de la tempestad.

Las patrullas hicieron su aparición en las calles la víspera por la noche. Las nuestras se cruzaron con las de ellos. La animación, hasta entonces indefiniblemente insólita, mostraba claramente la huella de su tránsito. Los guardias civiles desembocaban a caballo en pelotones rectangulares, negros sobre sus negros caballos, cuadrados de hombros bajo los negros capotes, dominando a la muchedumbre con sus tricórnios y sus rígidas cabezas de una impassibilidad de madera pintada. Sus ojos vigilantes escrutaban los recodos de las callejuelas, las puertas que daban a oscuros corredores, los grupos compactos, los movimientos sospechosos que pudieran ocultar la agresión mortal, bala o bomba, enorme y brusco salto de la muerte, por encima de las despavoridas cabezas, hacia estos rígidos jinetes que iban hacia su destino. ¡El suyo, el nuestro! Nuestras patrullas, de distinta movilidad, surcaban las calles con el paso ágil de una decena de obreros decididos, se metían entre la muchedumbre del paseo sin desaparecer en ella, gorras, blusas, pistolas, rostros duros, miradas que incubaban el incendio... ¡Ahí están! Pesados silencios replegaban al equipo sobre sí mismo: era preciso transformar la amenaza sufrida en amenaza propia... «De todas formas, somos de la raza de los vencidos por el orden, ¿verdad, Joaquín? Nos cuesta trabajo creer que somos los más fuertes.» «Cállate. ¡Que ganas me están dando de dispararles! Esos cuervos son unos cobardes. Ya les verías correr...» Flaco, de facciones tajantes, Joaquín el tejedor (veintisiete años, tuberculoso, seis meses de prisión gubernativa, dos hijos, tres pesetas de jornal) tiene la boca con-

traída por una expresión de odio. Los semiplanos de sus pómulos se acentúan. La cicatriz que tiene en la base de la nariz enrojece. Afluencia de la sangre al rostro. La otra patrulla nos divisa. ¿Qué es el tiempo? Hace un instante una fracción inconmensurable de la duración en la que aquí y allá los corazones han latido un poco más de prisa, múltiples actos se han esbozado, coordinado y disgregado en estas cabezas, erectas las unas por la obediencia (esa barra de hierro sobre el cerebro), erguidas las otras por la rebeldía, esa llama. Orden del gobernador fijada en los muros por la mañana: «Los grupos sospechosos serán cacheados inmediatamente y las personas a quienes se encuentre con armas serán detenidas.» ¡Hala! ¡Haced la prueba!... Los transeúntes sienten con un extraño malestar cruzarse miradas de desafío por encima de sus cabezas. Las dos patrullas se rozan. Un suboficial de rostro curtido, echado el tricórnio sobre la frente, abre la marcha. Su caballo se mueve con elegancia como en la parada, haciendo un hermoso ruido en el empedrado... «¿No conoces la orden del gobernador, eh, eunuco?—gruñe Joaquín entre dientes—. ¡Ven a ver!»

El Comité ha ordenado que nadie se deje desarmar en ningún caso. Ayer, algunos compañeros se han dejado hacer por la Policía, que, afectuosamente, les tentaba los bolsillos en las plazuelas, encontraba en seguida el arma y decía suavemente al hombre humillado: «¡Ya estás ahuecando!»

Los guardias civiles pasan. Tienen miedo. ¡Miedo! Bruscamente la sangre afluye a la frente desplegando al punto entre las sienas gozosas banderas escarlatas. Altaneras sonrisas tiemblan en los labios. «¿Has visto a esos cobardes? Están lívidos.» Los otros se alejan como grandes soldados de madera, espantajos inútiles. ¿Es verdad entonces, es verdad que nosotros somos la fuerza? La alegría resplandece.

Esta mañana la Policía ha venido a apoderarse en la imprenta del órgano del Comité, «Solidaridad Obrera». Unos cuantos agentes corteses se han llevado ciento cincuenta ejemplares olvidados a propósito para ellos por una especie de delicadeza. Ahora se distribuye por la calle el periódico prohibido. Las fábricas lo han recibido a mediodía. Las patrullas descubren entre las manos las blancas hojas en las que se inserta el llamamien-

to. La Guardia civil caracolea indiferente bajo los árboles. Varios equipos de compañeros fijan la hoja en las paredes. Corrillos. «¡Trabajadores!... Programa del Comité Obrero. Exigimos: primero, segundo, tercero...»

Un señor viejo lee estas cosas con aturdimiento. Vuelve a leerlas sin comprender y considera a sus vecinos con una mirada de inquietud. «Órgano de la Confederación Nacional del Trabajo.» «La República es la salvaguardia de los derechos del trabajador...» Estas palabras son raras. ¿El rey? ¿El gobernador? El señor viejo siente como un terremoto. ¿Está soñando? La calle está igual que siempre. Cortésmente le pregunta a su vecino de la izquierda, respetable y bien trajeado:

—¿Qué pasa, caballero? Tenga la bondad de explicármelo, porque...

Porque su voz tiembla. Su anticuada finura exhuma treinta años de existencia conservada en una arruinada casa solariega de provincias. El vecino bien trajeado responde reposadamente:

—Mañana se celebra la Asamblea parlamentaria, ¿comprende usted?

No; no comprende.

—Mil gracias, señor. Pero, querido señor, ¿y el rey, y el rey?

En aquel instante estalla una voz estruendosa:

—¿El rey, viejo imbécil? ¡Ja, ja, ja!

Se oyen carcajadas. Hasta el vecino bien trajeado, de cincuenta años y hombre estimable y de sentido sin embargo, se ríe también. El atónito viejo se encoge sin darse siquiera por ofendido (tan sorprendentes son estas cosas) y se separa del grupo gesticulando solo. Entonces se ve que lleva una chaqueta de viejísimo corte con lustre por la solapa y un flexible gris desteñido y que anda como a saltos apoyado en un bastón de puño de plata labrada.

—¡Viejo insecto! ¡Cabeza de gorrón!—le grita un pilluelo sin lógica.

Alguien se ha metido en el corrillo y con mano tranquila rasga el papel. Altercado. El tumulto, impreciso al pronto, parece concentrarse en torno a un punto ideal entre dos o tres formas humanas alternativamente separadas y unidas por palabras y gestos semejantes a proyectiles. Un hombre joven y alto, vestido con esmero, se separa del grupo que le rodea encojiéndose de hombros. Su silencio es realzado por una mueca de desdén. Al borde de la acera se detiene, volviendo la espalda a los que le interpellan. Hay que conservar la calma, hay que conservarla a toda costa. Este abominable populacho no merece ni una palabra ni un choque. Nada más que un desprecio absoluto, que excluye incluso la ira, y la firmeza del acero como la espada de San Jorge aniquilando al

(1) Del libro «El nacimiento de nuestra fuerza», de Víctor Serge, publicado por la Editorial Hoy, tomamos este capítulo de paisaje obrero barcelonés.

dragón. Desde el fondo de su memoria, a través de diez años, esta imagen surge ante él como brota de lo profundo del mar una anémona prodigiosa: el rubio San Jorge de candorosa mirada triunfando de la bestia horrenda y temible. «La fuerza del santo estriba en su fe, hijo mío—decía en aquel entonces el padre Javier, con su mechón de pelo blanco sobre la sien, con su voz de ultratumba, baja, como un soplo, y penetrante—, no en la armadura, la lanza y la espada, que nada son sin fe.»

El temblor de los labios ha cesado. ¡Qué claridad en el alma! Fuerza y fe. Luz. Una sonrisa va a fulgurar en los ojos.

—¡«Soli»! ¡«Solidaridad Obrera»! —grita una fina voz de aprendiz.

El joven coge el ejemplar que le entregan, y sin abrirlo, tranquilamente, lo rasga en cuatro pedazos. Los blancos fragmentos caen a sus pies en el arroyo. «¡Bonita chica!», quisiera pensar con desenvoltura al ver a una muchacha maquillada, de descarado mirar y cimbreadas caderas, que atraviesa la calle hacia él. Le gusta mirar a estas criaturas aunque evitando su contacto misteriosamente impuro y secretamente tentador. El joven va a apartar la vista cuando, plantada delante de él, como si le dijera con tono insistente: «¿Vienes?», la muchacha le asesta dos rápidas bofetadas que repercuten en carcajadas sonoras, y sigue su camino. A veinte pasos, los guardias decorativos vuelven la espalda al incidente. Se ven moverse sus gruesos dedos enguantados de blanco. El abofeteado, que siente como lágrimas de niño ofendido que disuelven su temerario desprecio por el «populacho» y que apagan su luz interior, ve acercarse oblicuamente a un rufián andrajoso agitando unos puños de gigante. La calle ríe, gira sobre su eje, se derrumba. El cielo, aboliendo todas las cosas, despliega de golpe su inmensa frescura blanca. Salado sabor de la sangre en la boca. Nada.

* * *

El limpiabotas instalado en la esquina de la calle del Mercader mira pasar con su único ojo a las patrullas, y los cepillos van y vienen en sus ágiles manos haciendo relucir un grueso cuero inglés. Sánchez el tuerto no ve a los hombres habitualmente sino por debajo de la rodilla. Clasifica los pies al primer golpe de vista. A quince pasos de distancia adivina los zapatos de buen corte que han de pararse delante de él, en tanto que una voz sonora le dirá desde arriba: «¡Date prisa, muchacho!» Ciertos zapatos sin forma definida, maltratados por un destino triste, no se detienen nunca. Otros, que molesta limpiar, agrietados, descoloridos, se resisten, sin embargo, pidiendo lustre todavía.

«¡Como si tuvieras dinero, pelmazo! Apostaría que no has comido hoy a pesar de tu bonita corbata, desgraciado.» Al tuerto no le gustan los clientes pobres; incluso les reserva un betún de mala calidad que corroee el cuero. Por poco les diría: «Cuando se te vean los dedos de los pies no presumirás tanto. En vez de hacerte limpiar los zapatonos tendrás que limpiárselos a los demás como hago yo ahora. ¿Es que yo presumo?» El tuerto respeta las alpargatas, las suelas dobles de moda y los pies descalzos cubiertos de una buena capa de grasa endurecida que protege tan bien como la cabritilla. Habiendo terminado de limpiar unos zapatos amarillos sin ver al hombre, sin duda un marino, porque el calzado es extranjero, cuidado, nuevo, pero no flamante, y después de guardar sus cepillos, el tuerto coge la «Soli». Lee raras veces, recomponiendo con esfuerzo las palabras, descompuestas primeros en sílabas. («Yo leía mejor cuando tenía los dos ojos.») ¿Comprende esta vez lo que lee? Una especie de sonrisa le deforma la boca. No sabría ni repetir lo que lee ni explicarlo, pero una gran satisfacción se esparce por todo su ser.

Un rico zapato francés se ha colocado delante de él en el escabel.

—¡Eh!—dice el cliente agitando nerviosamente el pie.

El tuerto deja de deletrear una larga frase de sentido lejano: «Igualdad de derechos de los trabajadores extranje-

ros...» El es de Murcia, pero ¿qué será a ciencia cierta eso de los «derechos»? El limpiabotas divisa un calcetín de seda azul, un zapato lujoso, y gruñe sin alzar la cabeza:

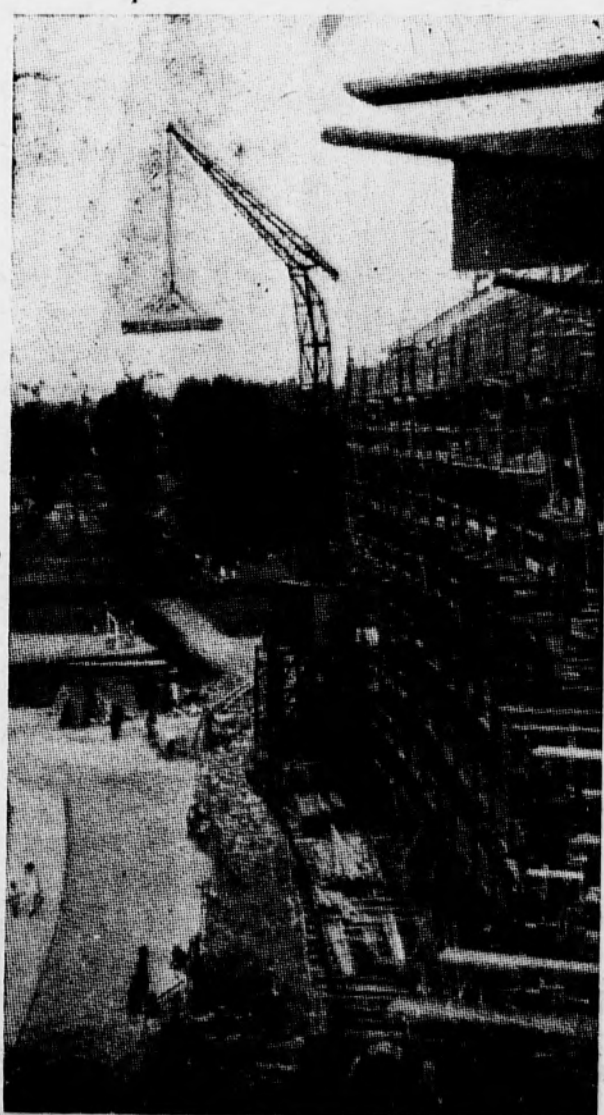
—No tengo tiempo.

El cliente creería haber oído mal si esto no hubiera sido tan claramente, y se aleja comprendiendo que algo pasa en el mundo. Este «no tengo tiempo» del tuerto le inquieta y le ilumina infinitamente más que los dos acontecimientos de aquella noche relatados por los periódicos: torpedeo de un vapor brasileño hundido con bienes y tripulación por un submarino alemán en aguas de las Azores, y bombardeo de Londres por los zepelines: sesenta víctimas más.

El tuerto ha leído confundiendo las líneas, empezando las mismas hasta tres veces, saltándose otras. Estas palabras mágicas que cabalgan en su cerebro aportan a él un extraño calor, como el vino o el sol. La alegría y la fuerza invaden al unísono sus miembros. ¡Ah, madre de Dios! El tuerto, de pie, ve la gente, descubre la calle entera, la ciudad, tricornos negros bogando por encima del rebaño de cabezas. Dos chiquillas pasan abrazadas hablándose muy de prisa: trenzas negras hasta la cintura, primorosas y adorables piernas.

Ahora el tuerto fija con cuidado en la pared el ejemplar de la «Soli». Este improvisado cartel viene a tapar otro de color gris, desteñido por la lluvia, en el que puede leerse aún en gruesos caracteres oficiales: «Suspensión de las garantías constitucionales. Nos, por la gracia de Dios...» La línea siguiente clama: «¡Trabajadores!» Pero ¿qué vacío se ha hecho en torno a Sánchez? Nadie a la derecha, nadie a la izquierda. Más lejos, las dos chiquillas han vuelto la cabeza muy pálidas. Hocicos de caballo le soplan en la nuca una cálida humedad. El limpiabotas ve de súbito gravitar en torno suyo negros capotes, altos tricornos, una cara olivácea, barbuda y gesticulante, un sable desnudo. Se siente terriblemente solo, estrangulado por una loca ira, como aquel día lejano en que estando de criado a los dieciséis años su amo le dejó tuerto y le echó de la casa por un robo que no había cometido (había sido preciso saltarle un ojo para que se inclinara ante la iniquidad), como aquella otra vez en que su mujer se marchó con un guardia. El sable raspa en la pared las palabras mágicas. La calle ríe, gira sobre su eje, se derrumba trastocada en todos sentidos por gigantescos jinetes que realizan gestos frenéticos sobre sus encabritadas monturas. Bajo los cascos de los caballos brotan chispas.

Y el cielo, aboliendo todas las cosas, despliega de golpe su inmensa frescura blanca. Salado sabor de la sangre en la boca. Nada.



Construcción.
Ayuntamiento de Madrid

El fracaso de Alberti

por ANTONIO DE OBREGÓN

Preliminares.

Decididamente, es más fácil escribir versos. Con unas cuantas fórmulas adquiridas y otros tantos trucos líricos repetidos en diversas posturas se puede llegar a ser buen poeta y hasta crear escuela y tener imitadores. Pero hacer teatro ya es otra cosa. Por lo pronto, hay que saber lo que es un drama o una comedia y leer, cuando menos, una Historia de la Literatura; pero todo esto—como saber quién fué Shakespeare—es demasiado para los que, malgastando sus ocios en cocktails domingueros, no se han asomado nunca a una biblioteca.

Cojo la pluma con el patriótico fin de meterme con Rafael Alberti y con su obra. No vi la anterior, estrenada hace meses, porque personas de mi confianza estética me aseguraron que no merecía el perder una tarde. Yo escribiría con gusto el juguete cómico que es la vida de Alberti. Acto primero: Alberti tirando piedras a los faroles en el puerto de Cádiz (escena que describen frecuentemente sus amigos con frenesí). Acto segundo: Alberti en Madrid; la Gloria se ha posado sobre sus sienes y le ha hecho portador hasta de lo más inaccesible: de un smóking... Acto tercero: Alberti en los pináculos del éxito, sentado en Molinero al día siguiente de estrenar su «Fermín Galán» auténtico.

Es de una cursilería excesiva.

La obra.

Bien sabe Jehová que no pensaba ir al estreno. Me encontré en el teatro a poco de empezar, por circunstancias especiales, y ya me quedé, por ver hasta dónde llegaba en su delincuencia Rafael Alberti. Estábamos en Montjuich. Luego vimos una habitación donde se proyectaba el levantamiento de Jaca. Nevaba. Todo era de cartón, y los personajes iban y venían sin agilidad ni naturalidad alguna. Después, las calles de Jaca. Discurso de Galán. Discurso de don Pío. Soldados. Se estaba viendo el dúo, el coro, el número cómico; escenas de zarzuela, y en ella ha querido el autor que el número cómico sea el del bando. ¿Por qué? Un bando en el que un jefe sublevado amenaza con pasar por las armas al que se le resista no es una ocasión muy adecuada. Santuario de Cillas. La Virgen sale al campo a curar a los heridos. Dice a grandes voces que es republicana y revolucionaria, cosa que la

gente, naturalmente, no cree, pues la Providencia se significó demasiado al lado de la Monarquía para que ahora intente cambiarse de chaqueta... Después, Alberti ha querido arrojar toda la carne posible a la fiera del público, y hace que el fusilamiento sea en la escena. La entrada de los soldados viéndoseles sólo la cabeza es irresistible, a no ser que sea algo de vanguardia que los no iniciados no sabemos... Suenan los tiros de gracia. Se necesita carecer en absoluto de sentido dramático para llevar a la escena lo horrendo de una ejecución. Yo creí que el autor nos haría oír a lo lejos la descarga, si acaso; pero no ha querido prescindir de ningún detalle.

¿Qué diferencia de «Tosca»! Mario Cavaradossi emociona a todos con su caída, y el señor Alberti no ha logrado conmover a la multitud, con lo que adora la multitud a los héroes de Jaca...

Lo del Consejo de Ministros podría haber sido una caricatura excelente. Sin embargo, los propósitos están fallidos y resulta sólo un chafarrinón. Lo del cardenal, lo mismo. En «Vera o los nihilistas», Oscar Wilde hace una deliciosa mofa de la Corte del Zar y de sus ministros. Eso—salvando las distancias que nos separan de él—es caricatura y lograda. ¿Por qué no ha hecho algo parecido Alberti? Sencillamente porque hay que tener agudeza, ironía o sarcasmo, pero no chabacanería.

Al final sale la madre de Galán. Se ha proclamado la República, y recuerda a su hijo en versos que no son nada. Tampoco logra conmover a nadie, y aquí ya no hay sólo un fracaso teatral, sino algo más; algo muy doloroso, que cada cual supo ahogar en su silencio. Hay una especie de profanación, que el público percibió perfectamente...

Incidentes. La coacción.

El poeta se ha valido de la coacción política para salvar su obra. Eso en teatro es tan sucio como lo es en la milicia fusilar al que iba a parlamentar con bandera blanca... Al protestar la obra se protestaba a Galán, a la República, a nuestra bandera... No hubo, pues, más remedio que aplaudir. Los amigos y la «claque» estaban avisados para cuando sonasen las protestas dar vivas al régimen. Esto fué lo que ocurrió. Se sometió al público a la aprobación explotando sus sentimientos políticos. Es decir, que la obra estaba escrita sin posibi-

lidad de fracaso. Y se vió que el público, en las escenas donde la coacción disminuía por no referirse especialmente a los héroes de Jaca—la escena del cardenal—manifestó su protesta interrumpiendo la representación. Se oyeron voces de «aún quedan monárquicos». Y tuvimos que callarnos los que protestábamos, porque pasábamos por ser de «A B C», siendo el único de «A B C» que había en el teatro don Rafael Alberti...

Pretextos.

El autor se esfuerza en decir que no ha pretendido hacer más que un «Romance de ciego». Esto no sirve. Los romances de ciego que venden por la calle—y yo poseo algunos—escritos sobre los sucesos de Diciembre, tienen un valor: el de la espontaneidad y la gracia populares. De intentar un romance de ciego, tenía que ser algo muy fino, de estampa. Que se viese al poeta bueno imitando al coplero popular; pero hacer lo del coplero popular sin su gracejo y su espontaneidad no tiene calidad estética, y no debería nunca haberse elevado a la escena. Esto es una grave equivocación de índole artística del poeta.

Comentarios.

Los periódicos han dicho—algunos—que en el teatro hubo división de opiniones: monárquicos y republicanos. Protesto. En el teatro hubo únicamente personas de buen o mal gusto. Yo, por saber lo que es teatro, pasé por reaccionario. En cambio el poeta saludaba a la estulticia adicta con ademanes liberales. Está bien. Puede saborear por una vez las delicias de la reacción...

Unamuno preguntó a Azaña: —¿Exigirá usted responsabilidades?...

Una voz cuando la Virgen se aprestaba a curar a los heridos dijo: «¡Viva la República, pero sin vírgenes!»

Final.

En NUEVA ESPAÑA se quiere demasiado a los héroes de Jaca—Galán fué compañero nuestro de colaboración—para que nos pareciese bien lo ocurrido. Para mí es una novedad meterme con Alberti, y lo siento, porque leí sus primeros libros de versos con admiración. Que siga escribiéndolos, y que no vuelva más al teatro. El Alberti teatral ha muerto en «Fermín Galán».

O escribe «La vida es sueño», o no nos damos por convencidos...

La Italia fascista es un presidio para los trabajadores

por S. SLOBODSKOI

El carácter distintivo del régimen fascista en Italia consiste en haber erigido la explotación y la esclavitud de las masas obreras en sistema.

Las masas obreras no tienen derecho a construir sus propias organizaciones (no fascistas); están privadas por completo del derecho de reunión y de Prensa. Se prohíbe a los trabajadores tener su representación obrera en las Empresas (Comités de taller o de fábricas) y de los delegados obreros. Los obreros y los empleados tienen para representarlo cerca del Patronato y del Gobierno solamente los Sindicatos fascistas, cuyos dirigentes son nombrados desde arriba por los órganos gubernamentales y las organizaciones del Partido fascista. Los contratos colectivos son concluidos por los militantes sindicales fascistas bajo el dictado del Ministerio de las corporaciones, el cual ejecuta la voluntad de los industriales y de los señores de la tierra. Las huelgas están rigurosamente prohibidas.

La solución de los conflictos (tanto individuales como colectivos) entre los obreros y los patronos está confiada a las organizaciones sindicales fascistas y al Tribunal de trabajo del Estado. El fascismo ha suprimido hasta los tribunales de arbitraje y la justicia de paz.

Pero el fascismo no se contenta con haber arrebatado a la clase obrera todos los derechos políticos y sindicales, de haberla entregado en las manos del Patronato. Todavía más, exige que las masas obreras sostengan activamente su política. Las obliga a pagar cotizaciones en provecho de toda especie de instituciones organizadas por los fascistas (flota aérea, construcción de locales destinados a organizaciones fascistas, regalo a los jefes fascistas, «organizaciones culturales y educativas» fascistas, cajas de beneficencia fascista, etc...). Exige igualmente que las masas tomen parte efectiva en los desfiles, en las manifestaciones, en los mítines organizados por los fascistas. Y los Sindicatos patronales y «obreros» proceden a un control severo del grado de participación de los trabajadores en las manifestaciones de este género. En vísperas de las manifestaciones fascistas, reciben los obreros habitualmente convocatorias especiales hechas en series. Esta debe ser presentada y verificada a la llegada al desfile o al mitin y luego remitida al delegado sindical fascista en el lugar de trabajo. Un sistema semejante, pero bajo, cínico e insolente todavía, fué instituido por los fascistas durante la

comedia de las elecciones al «parlamento corporativo», inventado por Mussolini.

En las fábricas.

Los contratos colectivos fascistas y los «principios corporativos» fascistas reconocen en el patrón al amo absoluto e ilimitado de su Empresa. Partiendo de esta consideración, el patrón puede desplazar y licenciar a su antojo a los obreros; puede castigarlos con multas, suspensión temporal del trabajo; puede modificar los sistemas de pago, introducir diversas formas de racionalización, sin tener en cuenta los contratos colectivos ni los Sindicatos fascistas.

Las formas lamentables de la protección del trabajo previstas por la Legislación no son obedecidas por nadie. La duración de la jornada de trabajo la fija el patrón. Mientras que la proporción de los obreros que habían trabajado a tiempo reducido en octubre era de 13,2 por 100 en las fábricas de medias, 10,8 por 100 en los ferrocarriles, 15 por 100 en las plantas eléctricas, 4,1 por 100 en los astilleros, 13,8 por 100 en el caucho, durante este mismo período la proporción de los obreros que hicieron horas suplementarias de trabajo en octubre era, respectivamente, de 17,4 por 100, 2,8 por 100, 21 por 100, 55 por 100 y 19,1 por 100. ¡ Tales son los datos oficiales !

Disciplina de presidio

En la Empresa reina una disciplina de presidio.

He aquí lo que cuenta un obrero metalúrgico de las condiciones de trabajo en las fábricas de automóviles «Fiat», de Touring. «Cada obrero debe llegar a la fábrica diez minutos antes del comienzo del trabajo y hacer marcar su carnet. Deben encontrarse ante la máquina antes que suene la sirena. En el mismo instante en que se deje oír el silbato deben comenzar el trabajo. En caso de retardo, no se le permite la entrada a la fábrica hasta el medio día (con una retención de salario correspondiente, por supuesto) y se le inflige una multa. Cada obrero lleva su número en el pecho: según ese número, el contraamaestre inscribe a los culpables. Si el obrero se quita el número del pecho, la primera vez debe pagar una multa; a la segunda, se le despide. Si abandona el trabajo por propia iniciativa, se le castiga con una multa que va de cinco liras al salario de media jornada de trabajo. Si se encuentra un obrero en el W. C. le-

yendo un periódico, se le castiga con una multa de cinco a diez liras.

Los servicios de la fábrica están divididos por puertas de hierro. Estas puertas se mantienen siempre cerradas para evitar que cuando estalla una efervescencia en una parte de la fábrica no se propague a las otras partes.

Se trabaja a destajo. La duración necesaria para la fabricación está fijada por el asistente, cronómetro en mano, y por injusta que sea una decisión del asistente, nadie puede reclamar contra ella. En lugar de instalar nueva maquinaria perfeccionada, la administración aumenta la tarea de los obreros; y eso es lo que llaman racionalización. Y debe ser observado que a medida que aumenta la producción del obrero, las tarifas del trabajo descienden.»

La carta de una obrera de una de las fábricas textiles de Gorizia, que reproducimos en seguida, da una idea de la explotación inaudita de que son víctimas las obreras.

«Nuestra situación es insostenible. En muchos talleres se trabaja una semana cada dos. Por las semanas sin trabajo nadie percibe socorros de paro forzoso. A pesar de esto, las obreras están obligadas a pagar todas las cotizaciones fijadas para las cajas de enfermedad, para el retiro de ancianidad, lo mismo que si hubieran trabajado las dos semanas completas.

Aprovechándose de la crisis, los explotadores abusan de la situación de las obreras: por la menor falta se le inflige enormes multas (cinco, seis y diez liras), o se le suspende por muchos días. Una obrera fué castigada con multa de una lira por una bagatela. Protestó contra la multa. Por esta protesta fué suspendida durante tres días y multada con tres liras. Una noche se encontró sin electricidad el taller de tejido. En la oscuridad, una máquina alcanzó la mano de una obrera, produciéndole una herida profunda. Por esta imprudencia fué castigada con una multa de dos liras, fué privada del socorro médico y de los socorros a los cuales tiene derecho por accidentes de trabajo.»

He aquí lo que cuentan nuestros corresponsales sobre la protección del trabajo de los adolescentes en las minas:

«Estos niños—obligados a caminar encorvados en las estrechas galerías subterráneas—permanecen de estatura pequeña, gran número de ellos se deforman: la joroba es un fenómeno habitual. El agua mineral que se encuentra en el interior de las minas (se tra-

ta de las minas de azufre de Sicilia) expande una fetidez nauseabunda en las galerías mal ventiladas; este agua no debe ser revuelta porque deja escapar sales mortíferas, susceptibles de matar una persona de una manera imperceptible. Este mismo agua produce la anquilostomiasis, enfermedad profesional específica de los mineros.

No menos malsanas son las condiciones de trabajo en las fábricas de seda artificial, de fósforos y de tabaco, donde trabajan principalmente mujeres y niños.»

La ofensiva contra los salarios.

La ofensiva contra los salarios reviste las más variadas formas. Ya sea que el Partido fascista y el Gobierno lancen una campaña general por la disminución de los salarios bajo el pretexto que es indispensable lograr la rebaja de los precios (campañas de este género hubo dos en 1927, las cuales fueron seguidas de una disminución de salarios de 20 por 100, y una al final de 1930 que se acompañó de una rebaja de 25 por 100), o va sea que los patronos reducen los salarios en momentos de la renovación de los contratos colectivos, o bien proceden a la revisión de las normas de la producción y de las tarifas del trabajo a destajo. Se procede con frecuencia al traslado de los obreros calificados, en forma organizada, a la categoría de peón, o bien se despiden en masa los obreros antiguos que perciben primas de antigüedad, y luego se les engancha de nuevo como «novicios», o bien se les reemplaza por nuevos trabajadores, la mayor parte del tiempo por mujeres y adolescentes; se aumenta el número de telares por obreros (este aumento se acompaña con frecuencia de una disminución de los salarios, etcétera...)

La servidumbre de los campesinos.

El campesinado se encuentra en condiciones sumamente difíciles (las cuales se han convertido en absolutamente insoportables como consecuencia de la crisis agraria). Sobre 22.838.000 de población campesina en Italia, 1.400.000 familias solamente poseen terreno propio y la inmensa mayoría de estas tierras constituyen porciones tan insignificantes que no son suficientes para asegurar la manutención de la familia campesina. El 95 por 100 de la tierra arable y de las tierras forestales se encuentran concentradas entre las manos de un número relativamente poco considerable de grandes propietarios. Todo el resto de la población campesina está representada, sea por obreros agrícolas completamente privados de tierra (cua-

tro a cuatro millones y medio), sea por pequeños colonos que arriendan las tierras a los señores en condiciones de verdadera servidumbre.

La forma más extendida del contrato de arrendamiento, es el contrato de medianería. Según este contrato, el medianero está obligado a trabajar con su familia el terreno arrendado y entregar la mitad de la cosecha al señor. Los gastos de abono, de siembra, etcétera, así como los impuestos, corren por cuenta del medianero. Además, el medianero y su familia están obligados a efectuar determinados trabajos para el señor y su familia. Deben entregarles gratuitamente una cantidad de ciertos productos (leche, huevos, carne, gallinas, etc...)

En ciertos lugares, el medianero conserva solamente la tercera parte de la cosecha, mientras que el señor recibe las dos terceras partes.

He aquí el extracto de un contrato

Los trabajos que constantemente recibimos y que a nuestro juicio merezcan la pena de ser publicados lo serán a medida que lo permita el espacio destinado a la colaboración no solicitada.

colectivo firmado por tres años por los Sindicatos fascistas a nombre de los colonos de la provincia del Rovigo (Lavoro fascista del 14-4-30):

«En virtud de ese contrato, el propietario de la tierra participa en los gastos y beneficios de la cosecha en una proporción de 62 por 100, quedándole al colono un 38 por 100.

Los colonos deben reservar su trabajo exclusivamente al lote arrendado.

Si el colono no ejecuta el trabajo en el plazo fijado por el propietario, éste tiene el derecho de hacerlo efectuar por cuenta del colono.

Además exige el contrato que el colono sea un «ejecutor» inteligente, diligente y fiel de todas las órdenes del propietario.»

¡Los Sindicatos fascistas publican contratos de este género como contratos ejemplares!

Citemos un extracto del contrato colectivo de arrendamiento (Lavoro fascista 9-11-930) firmado por un tiempo de cinco años por los Sindicatos fascistas a nombre de los campesinos que se trasladaron a Trípoli como colonos en los dominios del propietario Palazetto.

«El jefe de familia y todos los miembros de la familia se comprometen a reservar todo su trabajo a la buena conservación de la plantación. Ningún miembro de la familia podrá ausentarse del trabajo, salvo el caso de enfermedad o fuerza mayor.»

Y en seguida: «Son considerados

como días de trabajo todos los días del año, a excepción de aquellos considerados como feriados por el Estado.»

El fascismo y el paro forzoso.

Las violencias empleadas contra los sin trabajo llevan el sello de un cinismo y de una dureza de un carácter muy particular.

Con el fin de impedir la concentración de los descontentos en las ciudades, de asegurar una mano de obra casi gratuita a los señores latifundistas, a los patronos y a las organizaciones especuladoras, y también para poner en práctica la unión a la tierra de los obreros agrícolas, el Gobierno fascista prohíbe desplazarse a los campesinos pobres y a los obreros agrícolas hacia los centros provinciales, prohíbe hacer enganches en las ciudades, alquilarles locales, etc. Las autoridades practican una verdadera cacería contra los obreros venidos de otras localidades y los envían a sus antiguas residencias.

Según la ley, el enganche debe hacerse obligatoriamente por el intermedio de las Bolsas de trabajo fascistas; los miembros del Partido fascista, de la Milicia fascista y de los Sindicatos fascistas deben ser enganchados con preferencia. La ley castiga, no solamente al patrón que ha prescindido del intermediario de la Bolsa de trabajo, sino también al obrero enganchado, aunque cuando el obrero ignore esta circunstancia.

A pesar de que el paro forzoso no ha cesado de aumentar en el curso de estos últimos años, el fascismo se opone con todas sus fuerzas a la emigración de los obreros y de los campesinos al extranjero.

Esta política está dictada por el deseo de conservar en el país la mayor cantidad de mano de obra barata para los señores latifundistas y los fabricantes, y la mayor cantidad posible de carne de cañón para la futura guerra imperialista, a la cual se prepara el fascismo febrilmente. Fué solamente en agosto del año pasado, cuando el progreso del paro forzoso y la indignación de las masas de sin trabajo comenzó a tomar proporciones netamente amenazadoras para el orden fascista, que Mussolini dió la orden de abrir las fronteras a la emigración obrera.

Sin embargo, tomada esta medida en una época en que los países de inmigración estaban también afectados por el paro forzoso, no era dictada de ninguna manera por el deseo de aliviar la situación de los sin trabajo.

Mussolini, en su último discurso en el Senado, declaró con el mayor cinismo y con la unánime aprobación de los senadores fascistas, que la apertura de las fronteras no tenía otro ob-

jeto más que demostrar a los obreros italianos que el paro forzoso no existe únicamente en Italia y curarlos así de la ilusión de que Italia es el infierno y todo el resto del mundo, el paraíso. Con un goce malsano, Mussolini comprobó que una parte considerable de los emigrados, después de arruinarse para hacer el viaje, se vieron obligados a regresar a Italia.

Los carceleros fascistas se alborozan de que los italianos que se han escapado del presidio fascista, donde morían de hambre, encuentren de nuevo el hambre y nuevos carceleros en los otros países capitalistas y se vean obligados a regresar con la angustia

en el corazón a su nuevo presidio. Pero los trabajadores, habiendo adquirido la convicción de que todos los países capitalistas constituyen para ellos un infierno y un presidio, que por doquiera reina el paro forzoso, el hambre y la esclavitud y que solamente en la Unión Soviética, país donde se edifica el socialismo, el paro forzoso ha sido completamente liquidado y existe el trabajo efectivamente libre, el trabajo para uno mismo, no harán más que acatar con más energía al capitalismo en su «patria» fascista y lucharán más activamente por la transformación de la Italia fascista en un país soviético libre.

Una carta de Upton Sinclair sobre la Unión Soviética

«El sistema soviético es la única base posible para una libertad real».

Upton Sinclair, el más grande de los escritores norteamericanos, ha escrito una carta a Sherwood Eddy, de la cual son los siguientes párrafos. En esta carta puede descubrirse la posición de Sinclair sobre la Unión Soviética y refuerza, además, las observaciones de nuestro compañero Fernández Armesto, hechas en un artículo reciente, sobre el movimiento de los intelectuales—que buscan la auténtica verdad—en pro de la patria del proletariado.

«Le quedo muy agradecido por el envío de su excepcional libro sobre Rusia. El cual producirá claridad en muchas gentes.

«Sin embargo, hay un punto en el que no estoy de acuerdo con usted: el que se refiere a su escepticismo frente a la afirmación bolchevique de que la dictadura rusa irá desapareciendo poco a poco. A mí me repugna la defensa de toda dictadura, ya que, como usted sabe, yo he sido un miembro activo de la «Civil Liberties Union»; pero la tesis comunista me parece científica, ya que en relación directa con la conquista de nuevos miembros para el Partido y la educación del trabajador será aminorada la oposición; aminorándose, al propio

tiempo, la necesidad del Estado en el sentido de fuerza y ejército. Cuando esté cumplido el «Plan de cinco años» y cada trabajador mejore su situación, nabrán disminuído considerablemente la dificultades de Rusia.

«Naturalmente, dejo de lado la posibilidad de una intervención extranjera. Ateniéndonos a las pruebas que tenemos, podemos asegurar que si la Unión Soviética se afirma y el resto del mundo deviene comunista, habrá desaparecido absolutamente la necesidad de sostener una Policía y una Armada contra aquellos que no pertenecen a la clase trabajadora. Ya que en la misma medida en que crece la clase trabajadora desaparece la clase de los explotadores, y el temor ante su resistencia es menor.

«Yo creo: si Rusia se sostiene todavía cinco años más, veremos nosotros surgir una sociedad en la cual sea libre el pan, los medios de comunicación y los demás servicios públicos. En una comunidad semejante será el trabajo tan fácil y los jornales tan altos, que toda oposición desaparecerá. Naturalmente, existirán divergencias dentro del Partido, pues según tengo entendido, tienen ya hoy los miembros del Partido libertad de discusión sobre las decisiones del mismo. Yo creo que es absolutamente exacto si se dice, que el americano pierde día a día sus libertades y está en camino de perderlas completamente, mientras el trabajador ruso gana día a día más libertades y está en camino de ganar la absoluta Libertad. Yo creo que las fuerzas de nuestra época son de naturaleza económica, que nuestro sistema económico es enemigo de la libertad y que el sistema soviético es la única base posible para una libertad real.» (Los subrayados son del traductor.)

CÁRICATURAS Y CAPRICHOS

LA VENUS DEL ALCANFOR

En el Japón, vida mía,
en ese Japón que está
pintado sobre tu biombo
como en un mapa banal,

el esbelto alcanforero,
el *laurus camphora*, da
la púrpura de su flor
a una botica ideal.

¡Ay!, Elsa, Venus germana:
Grasa constitucional,
justa de báscula y régimen.
(Un peso pluma no más.)

Te raptan nébulas químicas
de solfatara termal,
y un vago Oriente drogado
te aprisiona en tu *boudoir*.

Nostalgias de droguerías
ubícanse en tu mirar.
El alcanfor da a tu histeria
una olfacción más voraz.

Alma alcurniada en olores
farmacopéyicos, ya
tu falsa japonería
te torna oblicuo el mirar.

Caninamente, olfateas
la lava gris del volcán
que miente sobre tu biombo
un Japón convencional,

y emite sus piedras pómez
—pintadas en tafetán—,
cosmético feldespató
para el cuidado ungular.

Tu bolso de cuero porta,
en vez del ilang-ilang,
pomos de plata, colmados
de alcanfor y de alquitrán.

Blanda medusa, tu alma
flota en estuarios que dan
olores de reboticas
o de salas de hospital.

¡Ay!, Elsa, flor de azulejos,
con un pigmento polar:
¡Mi amor te persigue, al bies
de tu alcanfor alemán!

VICENTE DGO. ROMERO



ROSA ARCINIEGA.—*Engranajes* (novela).—Cinco pesetas.—Editorial Renacimiento.—Madrid.

Conocíamos a Rosa Arciniega a través de sus trabajos periodísticos. En todos ellos se advertía un gran temperamento de escritora y, sobre todo, un fino espíritu de observación. En su novela «Engranajes» se nos revela como una gran novelista. No es frecuente que la mujer profundice en la vida social: Casi todas las novelistas resuelven su inquietud literaria novelando la propia sensiblería de su feminismo. De esta sensiblería se libró Concha Espina con «El metal de los muertos», lo mismo que Rosa Arciniega con «Engranajes». Novela profundamente social, colectiva. Lucha del hombre contra la vida. Personajes trazados sobre el plano de la realidad que buscan en el trabajo la verdadera filosofía humana. Historia no del individuo que sale del archivo literario para lucir su personalidad, sino historia colectiva, porque todos los que luchan y trabajan están sintetizados en el relato que hace Rosa Arciniega. Pasar frente a la vida—dice Rosa Arciniega en el prólogo—sin dejarse captar por los problemas de la vida, no es humano. Encerrar esos problemas en el espacio ocupado por una sincera «cómica-rítmica», me parece pueril. Confinarlas en el cerebro es sembrar la tierra de sol. Dejarse prender por los grandes conflictos colectivos, esencialmente humanos. Ya difícilmente puede interesar la novela individual. Aquí y allá se

ROGAMOS

a nuestros suscriptores se sirvan remitir a esta Administración el importe de su suscripción, por giro postal o en sellos de Correos, y que tomen nota que, de no haber recibido su remesa, le será presentada una letra por el importe de la anualidad.

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

Apartado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

“LEAMOS”

a las personas que la soliciten

apunta tantos la masa, el ejército, el «todo y la nada».

Las descripciones que hace del trabajo en los Altos Hornos y en las minas de hierro son precisas, exactas, definidas con la imagen justa. Esta es la prueba más difícil para el escritor. Hallar en la frase justa el equilibrio descriptivo. Que la imagen sea una definición concreta del pensamiento.

ISAAC PACHECO.

VICTOR SERGE.—*El nacimiento de nuestra fuerza*.—Cinco pesetas.—Ediciones Hoy.—Madrid.

El autor de «El nacimiento de nuestra fuerza» ha vivido las inquietudes de los movimientos revolucionarios. En la lucha se ha educado Víctor Serge y de ella ha sacado estas páginas de gran vigor ideológico. Este escritor, que es una de las

afirmaciones más claras de la literatura proletaria, expone cómo la fuerza obrera puede ir adquiriendo en la lucha el triunfo de clase.

Víctor Serge vivió en Cataluña, trabajó con nuestros obreros y utiliza aquellos recuerdos para expresar ahora los sufrimientos de la lucha y las penalidades soportadas.

Es un libro eminentemente proletario. Un libro de grandes emociones que se enlazan a nuestro pensamiento como para exigirnos un poco de meditación sobre el problema de la vida humana; problema que está siempre pendiente de solución por el egoísmo de un privilegio que ordena y manda.

También Víctor Serge nos expone su cautiverio en los campamentos de concentración de Francia. El luchador ha pasado por todos los lugares donde la rebeldía fué siempre sometida a las medidas disciplinarias de la fuerza imperante.

Manuel Pumarega es el traductor de «El nacimiento de nuestra fuerza».

I. P.



ESTERAS

Terciopelos mitad de precio. Lino leum, 6 ptas. m2. Salinas, Carranza, 5. Teléfono 32370.

SUCESOR DE
E. PALEZ
FOTOGRAFADO

APARTADO 8.028
TELÉFONO 32.254

38 AÑOS
DE PRÁCTICA!!
QUINTANA 33. MADRID

¡RIFA! RIFA!

Ramón acaba de publicar «La hiperestésica».

¿A quién se referirá?

■ Dicen que el cardenal Segura se ha marchado de España para presenciar tranquilamente los acontecimientos.

Ese es el camino que debería seguir la demás clrigalla indígena para lograr la paz del alma.

Y de España.

■ Sentimos mucho que haya reaparecido «A B C».

Sus antiguos lectores, que, felizmente, estaban ya en las últimas, ahora, con el forraje que de nuevo les va a servir, el diario de Luca, levantarán cabeza.

O lo que ellos llaman cabeza: el recipiente de las tonterías.

■ ¿Por qué no habla ya «La Nación» de los periódicos republicanos hechos con dinero monárquico?

¿Porque sabe que no son republicanos?

O ¿porque—además—no quiere herir la susceptibilidad de sus colegas en ideología y derrotismo «El Sol» y «La Voz»?

A la pazpuerca (hemos nombrado por enésima vez a «La Nación») no la gusta ahora pecar de indelicada.

■ «El Sol», «La Nación», «El Debate» y «A B C».

¡Los cuatro del barullo!

■ La distinguida cofradía de sinvergüenzas y foragidos del famoso Ladrónato sigue sin novedad en su importante salud.

En las Cortes, en las Cortes veremos...

■ Calvo Sotelo pretende salir diputado por Lugo.

Suponemos que en Lugo abundan las personas decentes.

Por tanto, no saldrá.

■ Se castigan los homicidios que los particulares perpetran; ¿qué diremos, entonces, de las guerras, de esas masacres que llamamos gloriosas porque

destruyen naciones enteras? El amor de las conquistas es una locura; los conquistadores son flagelos más funestos a la Humanidad que los diluvios y los terremotos. Alejandro, bandido desde su infancia, destructor de naciones, estimaba cual un soberano bien ser el terror de los hombres.—SÉNECA.

■ Un periódico frigio y almadrabita pide que no entren en candidatura para las Constituyentes más que republicanos probados.

Bueno. Eso no perjudica mucho a los intereses de la casa.

Porque los propietarios del periódico almadrabita, que todavía no se han a revido a declararse ni siquiera frigios, se presentarán, suponemos, como monárquicos probados.

■ «Y hay que acabar con los caciques», grita el periódico almadrabita y frigio como si escribiera para chinos.

¿También con los caciques de Asturias, la Mancha y Medina Sidonia?

■ ¡Demasiados discursos!

¡Demasiadas fotos!

¡Demasiados viajes!

¡Demasiados Himnos de Riego!

■ ¡Demasiado, quince días de fiestas republicanas!

Un poco de seriedad, ciudadanos. Que la República no es un producto de la imaginación acalorada de Muñoz Seca.

■ Los viejos políticos flotan en todas las situaciones. Como son de corcho no tiene nada de extraño.

La Dictadura no acabó con ellos. Pero la República tampoco. Siguen en primera línea todos los hombres nefastos que contribuyeron al hundimiento de España.

¿Hasta cuándo?

■ Al Nuncio hay que echarle.

¿Lo oye usted, señor ministro de Justicia?

Si el Vaticano rechaza a un embajador de España es muy justo que Es-

paña rechace a un embajador del Vaticano.

No proceder así, señor ministro de Justicia, es colocarse a la altura de don Galo Ponte.

Es no ser ministro de una República, sino merengue de una confitería.

¿Se da usted cuenta, señor ministro de Justicia, o todavía no?

■ ¿Queréis ver catedráticos emboscados?

Acudid a Turismo.

■ ¿Queréis ver conocidos escritores, perfectamente enchufados?

Acudid a Turismo.

■ ¿Queréis no encontrar la menor noticia útil sobre excursiones y viajes?

Acudid a Turismo.

■ El señor Rodríguez Porrero (Sagróniz II) sigue viendo tranquilamente cómo chupan de la tetita burocrática los «enchufistas» de la Dictadura.

¿Qué buena persona debe ser el señor Rodríguez Porrero!

El señor Rodríguez Porrero debe ser un bendito.

¡Ja, ja, señor Rodríguez Porrero!

■ Señor Rodríguez Porrero: gran cosa ser turista, ¿eh?

■ En tiempos de Alfonso el Arrojado publicamos este suelto que ahora tenemos que repetir:

El Tribunal de Cuentas ha venido pidiendo en sus Memorias, durante dos años, explicación sobre la venta de barras de plata hecha en Londres por orden del señor Calvo Sotelo. Todavía no se ha contestado. Parece que la venta no está muy clara.

■ ¿Cuántos albistas colaboraron con las Dictaduras desde March hasta Soto Reguera?

■ Todavía quedan en Madrid ochocientos y pico conventos.

¡Con el calor que hace!

DESPUES DE LA QUEMA

por PEDRO GERMAIN MARTINEZ

Toda la Prensa se ocupa estos días de la quema de los conventos, haciendo resaltar de una forma indiscutible y con elevadas miras, los comentarios sabrosísimos que en uno y otro sentido se han hecho por todas las clases sociales, llegando a detallar el cómo y por qué han llegado a producirse en pleno día y sin que se hayan registrado incidentes de importancia, en cuanto a lo que los incendios de conventos se refiere.

* * *

Aun siendo reprobable por todas las personas cultas estos hechos que se mencionan, por ser ellos demoledores en sí de todo principio de derecho, es evidente que tenemos que reconocer que el motivo principal radica en que España tiene un gran exceso de conventos.

La última estadística publicada nos dice que en España hay 4.698 conventos y 35.316 religiosos, y hemos de suponer, sin temor a equivocarnos, que hay muchos más, puesto que algunos habitan en casas particulares y es casi seguro que no habrán dado su nombre para que figure en las estadísticas.

El clericalismo que España viene padeciendo desde tiempos inmemoriales, tiene tan grandes raíces que difícilmente acabaremos con él si no se le combate con energía y habilidad.

Las fechas del 12 y 14 abril, días en que se celebraron las elecciones y se proclamó la República, es evidente que pasarán a la historia como hechos gloriosos y sin precedentes en ninguna de las partes del mundo.

* * *

Si a esto añadimos la del 11 de mayo, día en que fueron incendiados varios conventos y que indudablemente esta fecha también será evocada (querámoslo o no) con frecuencia, sobre todo si se tiene en cuenta la forma en que fueron evacuados, las atenciones de que fueron objeto los niños y demás personal que en ellos había, incluso los mismos religiosos, forzosamente tienen que reconocer que sucedió lo menos que podía suceder, puesto que nadie se propuso atentar contra las «vidas» ni personas, sino que más bien todo lo sucedido fue para demostrar la más enérgica protesta y repulsa que el pueblo quiso dar contra el clericalismo que le tenía esclavizado, y por la misticidad de las diferentes industrias tan lucrativas que viene explotando con toda clase de privilegios.

La libertad de cultos y de concien-

cia es tan necesaria dentro de la familia y de la sociedad, como lo es el «Pan nuestro de cada día» dentro de los hogares pobres y familias necesitadas; pero con ser esto mucho, no es lo suficiente para llenar las aspiraciones que el pueblo espera de nuestros gobernantes en el siglo que corremos.

Sin pérdida de tiempo se hace necesario e imprescindible la separación de la Iglesia del Estado, aboliendo al mismo tiempo todos los privilegios que en la actualidad gozan las Ordenes religiosas, obligándoles (al igual que los demás españoles) a que paguen impuestos por todas y cada una de las industrias que ejercen, puesto que de hecho son de las más lucrativas, como queda dicho.

No basta que por mediación de un Decreto sea disuelta esta o aquella Compañía, es necesario atacar el mal en su totalidad, y, por consiguiente, debe abarcar a todas en general, dirigiéndose directamente a la juventud, es decir, al plantel, a lo que ellos llaman noviciado.

Tampoco es suficiente el regular por mediación de leyes el número de novicios que en cada Orden religiosa pueden ingresar cada año, puesto que esto, a más de ser ineficaz, nos daría un resultado negativo para el mal que se pretende atajar.

La probable y aun única solución que daría resultados positivos sería:

“ESTUDIOS”

Se ha publicado el número de mayo de «Estudios», revista cultural que cada día define con mayor acierto su excelente labor educativa.

Este número contiene un valioso y extenso sumario, integrado por prestigiosas firmas del campo científico y social, que ofrecen en sus páginas interesantes trabajos sobre educación sexual, eugenesia, arte, ciencia, filosofía, literatura, pedagogía y cultura general; temas todos ellos de suma importancia, que dan a esta revista gran amenidad e interés.

Su portada ostenta un expresivo y oportunísimo dibujo a tres tintas, alusivo a la conciencia cívica que se ha manifestado en España, y en las páginas centrales, dos obras maestras de la escultura, reproducidas a color.

Precio del ejemplar, 50 céntimos. Pídase en los quioscos, o a su Administración: Apartado 158, Valencia.

que una vez que hubieran transcurrido los primeros seis meses de admitido el novicio, si fuera despedido sin causa justificada, y (que ésta fuera muy importante) o aun cuando él se marchase por haber sido objeto de malos tratos, o por causas ajenas a su voluntad, no siéndole imputable al mismo, la Orden religiosa quedará obligada a abonarle todos los jornales de los días que había prestado sus servicios, es decir, que las leyes le reconozcan el derecho a percibir los jornales probables que hubiera podido percibir si los servicios los hubiera prestado en otra clase de industria o Compañía sujeta al derecho común.

En bien de España y de muchos miles de jóvenes españoles que engañados por el espejismo (de servir a Dios le suelen decir) les sacan de casa de sus padres y les explotan en su juventud y cuando son ancianos y no pueden ganar ya más dinero, entonces les expulsan de los claustros o les maltratan para que ellos mismos se marchen de él.

La prueba más evidente de lo que queda expresado la tenemos (entre otras muchas que podía referir) en las declaraciones que ha hecho una monja exclaustrada en Alicante y que han sido publicadas en casi toda la Prensa, especialmente en el «Heraldo de Madrid» correspondiente al día 16 de mayo del corriente año, y que pone de manifiesto de una forma concreta y contundente, el malestar que existe dentro de los claustros, puesto que afirma que hay rencillas, envidias y, lo que es peor, mucha baja política; que ha sido objeto de malos tratos en varias ocasiones, habiéndose dado el caso de echarle líquidos narcotizantes; incluso cloroformo.

Finalmente, como este caso a que hago referencia no es aislado, sino que los hay en abundancia entre los mismos religiosos, y como al dicente le consta que varios de ellos han llegado a conocimiento de las autoridades y otros están en los Tribunales de Justicia, no duda ni un instante que la joven República se desenvolverá libremente y sin embarazo de ninguna clase arremeterá de lleno contra estas lacras que se oponen a su paso, encauzando todos los problemas que tiene planteados; pero desde luego éste, que es uno de los más importantes, por «topar», como dijo..., con la Iglesia y por afectar al bolsillo de todos los ciudadanos, sean éstos creyentes o no, puesto que es el Estado el que les paga los emolumentos o salarios a todo el clero.

EDICIONES MORATA. -- MADRID
CIENCIAS BIOLÓGICAS

UNA SERIE VALIOSÍSIMA
Recientes adquisiciones en

Cirugía.
Fisiología.
Anatomía.
Psiquiatría.
Neurología.
Bioquímica.
Hematología.
Bacteriología.
Oftalmología.
Dermatología.
Psicopatología.
Patología general.
Medicina Tropical.
Rayos X y Radium.
Biología Experimental.
Obstetricia y Ginecología.
Enfermedades de los niños.
**Medicina, Clínica, Laboratorio y Te-
 rapéutica.**
**Volúmenes encuadernados, primorosa-
 mente editados y con profusión de gra-
 bados en color y en negro.**

ACABA DE APARECER

DICCIONARIO
ALEMÁN-ESPAÑOL

TERMINOLOGÍA DE CIENCIAS MÉDICAS, QUÍMICAS, ETC.

Por D. JOSE W. NAKE, intérprete Jurado de Madrid,
 en colaboración técnica con los señores: doctor
 GARRIDO, de la Facultad de Medicina de Granada
 y Dr. QUINTANA, Asistente al servicio del doctor
 MARAÑÓN

**Esta moderna obra, muy com-
 pleta, contiene unos 25 000
 tecnicismos alemanes con sus
 correspondientes significados
 en español. No debe faltar en
 su biblioteca, pues interesa a
 todos los Sres. Médicos, Quí-
 micos y Traductores que con-
 sultan obras alemanas. ::**

Impresión clara a dos columnas.
Encuadernado en tela.

PRECIO: PESETAS 20.

Compre V. este libro magnífico

ALICIO GARCITORAL

LA RUTA

DE

MARCELINO DOMINGO

I N D I C E

	Páginas
CAPÍTULO PRIMERO.—La herencia de Pi y Margall, Salmerón, Castelar y Costa.	9
CAPÍTULO II.—Vida de Marcelino Domingo y el ambiente español	57
CAPÍTULO III.—La vida se enlaza a la acción pública	97
CAPÍTULO IV.—Jornadas de 1917 y otras jornadas. .	127
CAPÍTULO V.—La vida y el partido republicano ra- dical socialista.	159
CAPÍTULO VI.—La obra de Marcelino Domingo . . .	199

PRECIO: 5 pesetas.

VOLUMENES QUE INTEGRAN LA SERIE

MONOGRAFÍAS PRÁCTICAS

- J. A. A. MUÑOYERRO.—*Profilaxis de las principales enfermedades infec-
ciosas infantiles.*
- E. A. SÁINZ DE AJA.—*Indicaciones de los Bismúticos y Mercuriales en el
Tratamiento de la Sífilis.*
- J. BOURKAIB.—*Embarazo ectópico. Diagnóstico y Tratamiento*
- J. GOYANES.—*Cirugía del Tiroides.*
- A. HINOJAR.—*El problema del tratamiento en la estenosis de las vías
aéreas.*
- G. MARAÑÓN.—*Sobre los accidentes graves de la enfermedad de Addison
y su probable patogenia.*
- J. MOURIZ.—*Diagnóstico serológico de la Tuberculosis.*
- L. OLIVARES.—*Algunas orientaciones sobre el tratamiento de las Heridas.*
- I. SÁNCHEZ COVISA.—*Significación clínica y valor diagnóstico de la Hema-
turia.*
- J. SÁNCHEZ COVISA.—*Síndromes ganglionares de origen venéreo.*
- F. SICILIA.—*Formas clínicas afines y diferenciales de la Tuberculosis y
la Sífilis.*
- J. TORREBLANCO.—*Ritón y embarazo.*
- M. UBEDA SARACHAGA.—*Algunas ideas generales sobre la Insuficiencia
circulatoria y su tratamiento.*
- F. VIGUERAS.—*Tratamiento quirúrgico de la Tuberculosis pulmonar.*
- I. DE LA VILLA.—*Espacios pelvianos.*
- J. JIMÉNEZ DÍAZ.—*Concepto de la insuficiencia hepática*
- J. CODINA.—*Evolución terapéutica de la tuberculosis pulmonar.*
- J. VALDÉS LAMBEA.—*Tuberculosis de los niños.*
- J. VALDÉS LAMBEA.—*Tuberculosis de los viejos.*
- E. MATEO MILANO.—*Estado actual de la terapéutica quirúrgica de la pa-
rálisis infantil.*
- J. SANCHIZ BANÚS.—*Los pseudobulbares.*
- J. BEJARANO.—*Profilaxis, tratamiento y estado actual de la lepra en
España.*
- A. CASANOVA.—*El problema de la rotura quirúrgica de las vías biliares.*

M O R A T A . - E D I T O R

TUDESCOS, 39 y 41. MADRID

ACABA DE APARECER

¡El libro de la nueva España!: 5 pesetas

CRISTOBAL DE CASTRO
AL SERVICIO DE LOS CAMPESINOS

(Hombres sin tierras-terras sin hombres)

LA NUEVA POLITICA AGRARIA

La obra del insigne Cristóbal de Castro debe ser el catón de todos los propagandistas republicanos, la Biblia de los que ansien la redención hispana.

Augusto Vivero
(«HERALDO DE MADRID»)

Así se estudian los problemas político sociales que tanto preocupan a los gobernantes. Así se penetra en las entrañas de la vida colectiva y se pone remedio, con la eficacia de un método realista, a sus dolores, a sus injusticias, a sus miserias.

Melquiades Alvarez

Su libro es utilísimo y de suma oportunidad. Perfectamente orientado y fuente de conocimiento de lo legislado en dicha materia en España y fuera de España. Es una labor notabilísima, por la que le envío mi más cordial felicitación.

El conde de Lizárraga, ex ministro del Trabajo

Quien como usted en su nueva obra expone, con el brillante estilo que caracteriza todas sus producciones, tal credo y sus fundamentos; justifica la necesidad del inmediato planteamiento de la reforma; aporta valiosos ejemplos de análogas instituciones en las naciones progresivas; ano a y comenta las que rigieron, rigen y se proyectan en nuestro país y contribuye con la mayor eficacia a que estadistas, legisladores, sociólogos y en general todos los buenos patriotas, mediten acerca de la trascendencia del problema y sus soluciones, merece, a mi juicio, ser declarado esclarecido y benemérito propulsor de la mejora agraria más útil para la nación.

Angel Torrejón
Jefe del Cuerpo de Ingenieros Agrónomos